

VIAJE A NADSGAR II

EL BESO DE LA LEÓNIDA

Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico
Dirección editorial: Sylvia Martínez
Imagen cubierta: Alejandro Barrero

Primera edición: noviembre, 2015
Segunda edición: mayo, 2019

Viaje a Nadsgar II.
El beso de la leónida
© Alejandro Barrero
© éride ediciones, 2015
Collado Bajo, 13
28053 Madrid

éride ediciones

ISBN: 978-84-16596-16-4
Depósito Legal: M-36180-2015
Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico
Imprime: Safekat, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Este libro protege el entorno

ALEJANDRO BARRERO

VIAJE A NADSGAR II

EL BEZO DE LA LEÓNIDA

**Anexo al final con los nombres de los personajes*



éride ediciones

Índice

Prólogo. El regreso	11
1. Aldea en las montañas.....	17
2. La forja de un mito.....	35
3. Viejos sueños.....	55
4. Nueva vida	79
5. En busca de aventuras.....	101
6. Tarde a la orilla de Nür	109
7. Un juego de tira y afloja.....	129
8. Para Tara: Primera semana.....	143
9. Un alto en el camino	163
10. De acuerdo con el plan.....	175
11. Abeja	199
12. Amaneció	217
13. Tiempos de Erkans: El origen	241
14. La dama del Escarabajo.....	251
15. Tiempos de Erkans: El canto del alcaudón.....	277
16. Encuentro	281
17. Tiempos de Erkans: Guardiana	301
18. Un curioso convite.....	305
19. Tiempos de Erkans: Una partida antes de partir	321
20. Pareja para una vicerrectora.....	323
21. El juego de Zuk	357
22. La trampa	371
23. Tiempos de Erkans: Dos hermanas	395
24. Cinco lobitos tiene la loba.....	403
25. Tiempos de Erkans: El beso de la leónida	425
26. Conspiración.....	435

27. Tiempos de Erkans: Gyuran Neir.....	461
28. La espada negra.....	467
29. Tiempos de Erkans: Volver a respirar.....	491
30. El beso perdido	497
31. Tiempos de Erkans: Moifás O´Curum.....	521
32. La verdad estaba en la tinta.....	525
33. Exilio.....	537
34. Al menos la tristeza me acompaña	563
35. Luz cegadora.....	571
36. «La estrella fugaz puede vencer al destino»	597
Epílogo. De cerca	599
ANEXO	603

Mapa del Reino De Vinorg



Querido lector:

Debido a la cantidad de personajes que encontrarás en esta novela, en el anexo del final, hallarás un pequeño diccionario, que también te ayudará a refrescar la memoria a medida que vayan apareciendo personajes de la primera parte de la saga.

Este anexo, junto al mapa, hará que tu experiencia con esta novela sea mucho más gratificante.

Espero de corazón que disfrutes y no puedas parar de leer.

ALEJANDRO BARRERO SANTIAGO

Prólogo.

El regreso

Cuatro años después de la toma de Roquel por Espada Negra.

Cortur se detuvo ante las puertas de gruesa madera que lucían dos aldabas doradas con forma de puños cerrados en torno a dos esferas. Después de dar vueltas y vueltas desorientado por los pasillos del palacio, al fin daba con la maldita habitación en la que les había dado por reunirse a la duquesa y su corte. Sin ninguna duda, para una convocatoria de ese calibre lo ideal hubiera sido reunirse en alguna de las amplias salas destinadas al Consejo de Nobles o en las salas del senado de Sifva. Pero no. La duquesa había insistido en hacer de esa reunión algo «más informal y menos serio», y había decretado que la misma tuviera lugar en su propio palacio de Eslugón, en Riadas del Este. Posiblemente, la verdadera razón no era otra que lograr, para ella, una reunión «más cómoda y sin necesidad de desplazarse».

Se alisó nervioso los cabellos antes de decidirse a entrar. Ya habían tenido muchas reuniones formales acerca de ese asunto y la de ahora solo era una más a sumar a la larga lista. Cortur ya se las conocía bien: mucha gente de título, o por lo menos de la burguesía —desconocida para él en su mayoría—, sentada en torno a una mesa escuchando a los mismos tres o cuatro de siempre soltar la perorata habitual. Ya se tenía sabidas muchas de las frases allí proferidas con frecuencia, del estilo: «el reino se va al garete», «no hay nada que podamos hacer», «la próxima reunión será...». El cuento de siempre. Pero esta vez no sería igual. Al fin, tras aquella interminable búsqueda que había durado cuatro años, habían encontrado al hombre al que buscaban. De todos modos, si la reunión se hacía aburrida, como las anteriores, él

sacaría a relucir su información. Cortur, al que rara vez alguien tenía en cuenta en tan importantes reuniones, capitán bajo el mando directo del corregidor de Ñngper, esta vez traía consigo nuevas que esperaba que revolucionasen a los reunidos.

Cortur entró airoso en la enorme sala, sin llamar. Tras un seco y reverberante saludo a media voz que llamó la atención de los convidados, avanzó raudo hacia ellos.

El resto de personas allí reunidas le dedicaron una rápida mirada por unos segundos antes de volver a centrarse en la discusión que el capitán había interrumpido. El corregidor Gruge Matura retomó la palabra, volviendo a dar vueltas por la sala nerviosamente.

—Ese zopenco descabezado... ¡Dijo que no iba a poner un pie en Nadsgar y parece ser que no hay dios que le haga cambiar de opinión! Su puta madre... Si ya sabía yo que no daría su brazo a torcer, que lo mejor era traerlo atado de pies y manos.

Se hizo un pequeño silencio en la sala, en el que todos meditaban por un momento las palabras del corregidor.

—Tantos años buscándole sin tregua para que al final, una vez que lo hemos hallado, escondido en el otro confín del mundo, nos diga lisa y llanamente, con toda cachaza⁽¹⁾, que él se queda donde está —mientras el senador Parelo hablaba, seguía con la mirada las incessantes vueltas del corregidor Matura, quien parecía tener afán de terminar erosionando el pavimento—. Cuatro años perdidos en una búsqueda con éxito... con éxito, pero inútil. Damas y caballeros aquí congregados, deberíamos olvidar ya el asunto del viaje a Nadsgar. Solo él podía encabezar esta arriesgada travesía.

—Y sin él todo se va a la mierda —continuó Gruge, girando sobre sus talones para iniciar otra erosiva vuelta—. ¿Es que ya no tiene nada en su cucurbitácea⁽²⁾ cabeza hueca por lo que seguir viviendo? Algo habrá para convencerle de que venga.

—¿Algo como qué? —Trillo, el sacerdote, miró fijamente por la ventana, hablando de espaldas al resto—. Ese hombre no quiere nada que podamos ofrecerle. Ya sabéis: ni oro, ni tierras, ni sangre.

⁽¹⁾ Descarado.

⁽²⁾ Relativo al melón.

—Ni tampoco golfas —el sacerdote, quien desde luego no pretendía acabar de esa manera su enumeración, se giró hacia el corregidor Matura, quien entre vuelta y vuelta parecía haber recargado energía para seguir hablando—. Nada de nada. Ya le podemos ofrecer todo por lo que cualquier hombre de este mundo estaría dispuesto a vender a su propia madre, que él seguirá en sus trece.

—Es un tanto melancólico —comentó el *Coronel Cimitarra* mientras jugueteaba con un pequeño estilete sobre una enorme mesa de caoba—. Él tiene todo, pero a la vez no tiene nada. ¿Tierras, oro, poder? Si quisiera, él mismo podría conseguirlo en un abrir y cerrar de ojos. Siempre hizo cuanto se propuso, y nada se pudo interponer en su camino. Hay veces en que me gustaría usar el poder de la *Espada del Diablo* y volver atrás en el tiempo. Para enmendar nuestro error. Sí. Porque también fue nuestro error. Por... nuestra culpa, ella murió... No me extraña que no quiera volver a saber nada de todo esto. Pero bueno, la historia es inmutable. De nada nos serviría volver al pasado, aunque pudiéramos.

El *Coronel Cimitarra* iba a continuar hablando cuando ella se incorporó. Durante toda la conversación, había permanecido sentada a la mesa, y tan solo pareció estar en alma presente cuando el capitán Cortur irrumpió en la sala. Vestía una larga túnica morada, llena de adornos dorados, bien ceñida a su esbelto cuerpo. Sus cabellos castaños estaban cuidadosamente recogidos por una redcilla dorada que le daba un aspecto menos rígido y más cercano, aunque no podía contrarrestar la dureza de su mirada. Una mirada que pronto hizo que todos los ojos de la sala se posaran en ella.

—Como bien sabréis todos —la duquesa hizo una pequeña pausa para terminar de captar toda la atención de los presentes—, el hombre desapareció, pero su leyenda continúa. Desde Angra hasta los reinos de Riarda, cada día está más viva su historia.

Todos asintieron lentamente, compartiendo la opinión de la duquesa. Ella tomó aire profundamente antes de continuar hablando.

—Pues sabed que al hombre al que tratamos de hacer regresar a la fuerza no es uno cualquiera. No. Él ha sido capaz de las hazañas más inauditas —la duquesa bajó levemente el tono para crear una envolvente atmósfera en el que todos prestaban atención a cada palabra que brotaba de sus labios—. Se formó en el monasterio de Roquel bajo

la tutela del Cruzado, el noveno de los erkans; ha retado y vencido a caballeros de los cuatro reinos; acabó con los Xcx; raptó a la princesa Elora en Migdala; viajó sobre el legendario dirigible *Apoteosis*, libró la ciudad de Cania de isgos⁽³⁾, ha matado a condes altaneros y ha asesinado a reyes indolentes; ha muerto y ha vuelto a nuestro adusto mundo con la fuerza de los titanes; ha recorrido caminos y sendas que otros ni siquiera conocen; en la oscuridad de la noche, ha acabado con criaturas que otros no se atreven siquiera a mentar a plena luz del día; se movió entre el presente y el pasado a voluntad... Un héroe para algunos, una abominación para otros; pero para todos un mismo nombre: Espada Negra, el décimo de los erkans.

La duquesa pasó una dura mirada por todos los presentes.

—Y ahora que nuestro mundo agoniza, ahora que las tinieblas de las que él nos libró regresan, ahora que solo él puede ayudarnos... Ahora es cuando, en cada morada, en cada sucia taberna escondida en algún recóndito rincón, en cada puesto de guardia, en cada torre de magos, en cada reino... en todos los lugares se habla de lo mismo. Caminantes, herreros, generales, campesinos, buhoneros, senadores, mercaderes, bandoleros, condes, traficantes, reyes, hechiceros, mensajeros... Todos. Todos ellos claman a voz en grito el regreso de Espada Negra.

Todos guardaron largo y tendido silencio. El *Coronel Cimitarra* dejó de jugar con su estilete; Trillo, el sacerdote, no volvió su atención a la ventana como gustaba de hacer; el senador Parelo clavó su mirada en el suelo, meditando sobre las palabras de la duquesa; e incluso el corregidor Gruge Matura se estacionó, quieto de una vez, sobre un mullido sillón. Hasta los que apenas habían tomado parte en la conversación, como Teodoro de Fedre, siempre sentado junto a la duquesa, parecieron guardar un intencionado silencio.

Cortur se removió en su sitio. Sabía que no era momento para intervenir, que tan solo la duquesa se podía permitir ese lujo. Aun así, él sabía algo que el resto desconocía. Algo que le había hecho llegar tan tarde a la reunión. Algo que, de alguna manera, podría ayudar a los propósitos del mundo conocido. Hizo un ademán de levantarse

⁽³⁾ Muertos vivientes.

de su sitio. Una hermosa hechicera, ataviada con un agresivo vestido rojo amaranto, clavó en él unos intensos ojos púrpuras que le hicieron palidecer inconscientemente. Librándose por un momento de la influencia de la hechicera, se incorporó. Al levantarse, el tintineo de su faldón de cota de malla atrajo toda la atención. Ya estaba hecho. De nada servía ahora volverse a sentar, ocultándose tras una floja expresión de misericordia.

La represiva mirada de la duquesa pronto le hizo adquirir la floja expresión de misericordia que desde un primer momento trataba de evitar.

—Su excelencia —se atrevió a empezar, tratando de adquirir una expresión más severa—, me temo que tengo información que tal vez, espero que, quizás, si mis fuentes no me fallan... —enmudeció por un momento al darse cuenta de la ausencia de contenido en sus palabras, reflejada en el ligero alzar de cejas en el rostro de la duquesa. Paró un segundo y tragó saliva antes de continuar—. Adriana de Morina, lo que yo os pretendía transmitir es que creo conocer una manera de hacer que el erkan regrese.

Pudo apreciar por el rabillo del ojo cómo un par de nobles se movían por lo bajo. En cambio, la duquesa no debió encontrar nada divertido en sus palabras. Por lo visto, tampoco encontró divertida la larga pausa que hizo el capitán, y despegó los labios con lentitud.

—Capitán Cortur, te escuchamos atentamente —le apremió, con educación pero áspera—. Toda reunión tiene un límite. Espero que tu información nos resulte, de algún modo, útil.

—Sí, capitán, ilumínenos con la valiosa información que dice poseer —comentó irónico Gruge Matura—. ¿De qué se trata? ¿Piensa ofrecerle algo que él no tenga? ¿Un vestido de seda?

—Corregidor —la duquesa cortó fría como un cuchillo las pequeñas risas ocasionadas por la broma de Gruge—, estoy prácticamente convencida de que la idea del capitán será más productiva, si no más coherente, que vuestra aportación de traer al erkan atado de pies y manos.

—Sí, mi señora —se calló al instante Gruge.

—Ahora, si no hay más especulaciones sobre el tema que el capitán trata de exponernos, preferiría ir directamente a la parte en la que él habla y nosotros escuchamos. ¿Bien, capitán?

Cortur asintió, dispuesto a soltar todo lo que sabía, palabra por palabra. La duquesa Adriana, tan inteligente como bella, era capaz de hacerse obedecer solo con una mirada. Apretó los puños con nerviosismo y comenzó a hablar lentamente, para no titubear.

—Bien es cierto que el erkan no regresará ni por todo el oro del mundo —algunos le respondieron con cara de obviedad—. Pero hay algo que hemos olvidado. Él, antes, luchaba incondicionalmente junto a nosotros sin problema. Entonces pensé yo: ¿qué ocurrió para que todo acabara?

Nadie respondió inmediatamente. Un escalofrío y un mar de dudas avasallaron a Cortur por un momento. Por fortuna, sus palabras habían sido tomadas en serio, y Parelo no tardó en intervenir tímidamente.

—La muerte de ella... —murmuró el senador.

—Creo que lo voy entendiendo... —el sacerdote Trillo se mesó el bigote lentamente—. Solo hay algo que el erkan ansía y por lo que regresará. Algo que perdió para siempre, algo que le daría fuerzas para ir al confín del mundo...

Todos enmudecieron lentamente al comprender. Adriana de Morina fue la primera en susurrar suavemente la respuesta a la pregunta que tantos quebraderos les había ocasionado.

—...El beso de la leónida.

1. Aldea en las montañas

Cuatro años antes de que aquella reunión aconteciese.

Zar're terminó de hacer un quiebro mientras su espada silbaba en el aire en una maniobra meramente de alarde, en señal de que aquello era una lenta muestra de lo que era capaz de hacer cuando se diera el caso.

—Guarda ya esa espada, mendrugo. Estamos en un castillo, no es momento de florituras —le ordenó otro de los hombres que se hallaban allí presentes, antes de dirigirse de nuevo a aquel que les había reunido en una oscura sala de piedra a aquellas horas del mediodía, en la que todos solían echar tranquilamente la siesta—. Entonces, archimago, debemos matar a un hombre para vos, ¿cierto?

El archimago de mortecina piel y ojos grandes y oscuros asintió lentamente con una fea sonrisa.

—Normalmente, vuestro hombre pulula por Kellville o, si no, por un monasterio en el culo del reino, en las Nevadas. Debemos interceptarle en el bosque de Nord Calium. Ese hombre no lleva ni criados, ni siervos, ni lacayos. Tampoco escolta, guardia o guardaespaldas. Para encontrarle, no tendremos que viajar días y noches hacia ningún palacete, alcázar o palacio. Solo tendremos que esperar en medio de Nord Calium... ¿Es así, noble Cobra?

El archimago se quitó un húmedo mechón de pelo rojo ceniza de la frente y asintió de nuevo, sin quitar aquella siniestra sonrisa.

—Y luego, tras matar al atún —continuó Zar're, quien ya había dejado de jugar con la espada—, no nos tendremos que ver obligados a escondernos en algún sucio rincón durante las próximas dos estaciones, porque nadie nos va a buscar ni a perseguir. Ni cazarrecompensas, ni cazadores, ni guardias, ni nada. Nadie querrá venganza ni ningún lanza-hechizos nos lanzará maldición alguna. Nadie echará

de menos a vuestro hombre... Por hablar un poco más claro, señor, ¿nuestro trabajo es cargarnos a un garrulo de pueblo corriente y moliente que no significa nada para nadie?

Esta vez, Cobra ni asintió ni negó; se mantuvo en silencio, sin borrar aquella sonrisa. Zar´re miró al resto de sus compañeros, que aguardaban de pie tras él, en silencio e inmóviles, como de costumbre. Ya estaban tan habituados a su oficio como a la luz del sol. Pero a ellos, a *Las Serpientes de Acarria*, no se les contrataba nunca para nada fácil. «No», pensó Zar´re, «aquí hay gato encerrado».

—Y para matar a ese simple garrulo, noble Cobra, ¿no contratáis a ningún matón de pueblo? ¿A ningún maleante barato? ¿Nos contratáis a nosotros, a *Las Serpientes*? ¿Por cien monedas de oro y otras setenta y cinco de plata?

—Ese es vuestro arancel habitual, ¿no es cierto? —cuando habló, al archimago pareció borrársele lentamente la sonrisa de la cara—. Y las setenta y cinco, por si hubierais de llenar el buche.

—No es así, señor Cobra, porque nosotros somos *Las Serpientes de Acarria*. Nosotros no nos encargamos de acabar con garrulos vulgares. Eso es trabajo para bandoleros de poca monta. De todos modos, consejero Cobra, si de verdad queréis la cabeza de vuestro garrulo trinchada en una pica, os va a costar el doble: doscientas de oro. Doscientas de oro bien brillantes, que tengan bien claro el signo de la ceca de Vinorg y que no estén recortadas. Y vos sabéis por qué este precio. En este trabajo hay fullería⁽⁴⁾. No tenemos ni idea de cuál será la trampa, pero pagaréis por ella. Tendréis a vuestro garrulo en forma de cadáver si son doscientas, no menos. En cuanto al embeleco⁽⁵⁾, ya nos las apañaremos nosotros a golpe de porra y hacha. ¿Qué decís, noble archimago?

Se hizo un incómodo silencio en la sala. Por un momento, Zar´re estuvo a punto de darse media vuelta con los suyos y volver por donde había venido. Sin embargo, el archimago volvió a sonreír de aquella tétrica manera.

—Acepto vuestra nueva tarifa, *Serpientes*. Tendréis las doscientas bien doradas y brillantes, sin recortar y con la ceca de Vinorg bien

⁽⁴⁾ Trampa.

⁽⁵⁾ Engaño.

clarita y reluciente. Y también se mantienen en pie las setenta y cinco de plata por si hubiera alguna necesidad aparte por el camino. Ahora, partid.

Zar'ré trató de controlar su asombro. Se llevó el puño cerrado al pecho, se inclinó solemnemente y salió junto a los suyos por la puerta. No pensaba conseguir sacar al consejero real más de ciento veinte; como mucho ciento cincuenta. Ahora se daba cuenta de que había valorado demasiado poco aquel trabajo para el oro que en realidad valía.



El sol arrojó sus primeros rayos de luz sobre el monasterio. El monasterio de Roquel se elevaba imperioso sobre la cima de una rocosa y escarpada montaña. El edificio era de piedra y de dos pisos, y contaba con tres torres que se erguían en sus esquinas, mientras que la esquina restante terminaba en un edificio no muy alto: los establos. A unos cuantos metros del monasterio se distinguía otro enorme edificio de piedra, que complementaba al primero, y que si bien le restaba esplendor, le convertía en un conjunto más que respetable.

Los enormes portones de madera con remaches metálicos aún estaban cerrados. En los siguientes minutos, el monasterio cobraría vida. Pero no solo el monasterio, sino también la aldea circundante que se había erigido en torno a él. Como si se hubieran puesto de acuerdo para levantarse al unísono, los aldeanos comenzaban a hacer vida en las calles poco a poco. Los animales eran dirigidos por sus pastores hacia fuera de los dominios del monasterio. Las lecheras portaban grandes jarros sobre sus cabezas; un herrero sacaba soñoliento todas sus herramientas para preparar su taller en plena calle; en una casa de grandes puertas abiertas se podía ver cómo un panadero y sus hijos amasaban el pan y cómo el molinero montaba en su jaca para volver a su molino.

Por fin, los pesados portones del monasterio se abrieron lentamente. Sobre el gran umbral, enmarcado en un arco de piedra, decoraba los portones una estatua de un hombre semidesnudo con tres grandes pares de alas a la espalda. La estatua tenía los ojos vendados, un arco que apuntaba al cielo cargado con una flecha y una pequeña inscripción al pie que rezaba algo en otra lengua. Algo que seguramente el

somnoliento monje que se encontraba justo bajo la estatua, en el umbral de la puerta del monasterio, comprendería sin problemas. El monje dejó cuidadosamente los portones abiertos, dando a entender que oficialmente el monasterio se encontraba accesible para todos desde ese momento, y se volvió hacia el sol, estirándose mientras recibía la luz matutina.

Interrumpiendo sus estiramientos y bostezos, un joven adepto salió a su encuentro, formulando la frase de cortesía.

—*Oruc Aester*. Prior, necesito hablar con vos con urgencia —el prior, demasiado ocupado en estirar el cuerpo por completo sin olvidarse de ningún músculo, ignoró al adepto—. Señor Indro O´Curum, necesito hablar con vos... ¿Prior? ¿Me estáis escuchando?

El prior cesó tranquilamente de repantigarse y miró fijamente al joven monje. El adepto le devolvió la mirada, nervioso. Indro O´Curum era un hombre complaciente y justo y, aunque nunca había intercambiado con él más de dos palabras seguidas y de cortesía, sabía que era un buen hombre. Físicamente, el prior era de estatura media y algo —por no decir bastante— rellenito. Al contrario que el resto de monjes, él no llevaba la cabeza completamente afeitada, y dejaba que su pelo de un color castaño anaranjado, especialmente abundante en los lados y en la parte posterior de la cabeza y mucho más escaso en el resto del cráneo, cayera liso en la medida de lo posible. Al igual que el resto de cenobitas, en su frente lucía un tatuaje de un ojo orlado de gotas: el ojo de Apolo.

Indro O´Curum se alisó lentamente las solapas de su hábito, dejando ver los detalles rojo escarlata de estas, antes de dirigirse por fin al adepto.

—Dicen que la paciencia es una virtud, ¿qué opinas de ello, joven monje?

—Bueno... sin duda hay mucha sabiduría en esa frase —contestó el joven, un tanto descolocado por la pregunta—. Sin embargo, lo que me trae ante vos es algo bien distinto a frases sabias, prior.

—Por lo que veo, una virtud que brilla por su ausencia en los adeptos —Indro O´Curum sonrió cálidamente mientras el adepto se preguntaba si había obrado, de algún modo, de una manera indebida—. Supongo que ambos tenemos aún un día por delante.

—Sí, señor, un largo día.

—¿Largo? ¿Quién dijo largo? —comentó el prior con soberbia tranquilidad—. Si disfrutas de la plenitud de la mañana y recibes la energía de la tarde, tras haber descansado por la noche, las jornadas se te pasarán voladas... Es algo que se va notando con la edad.

—Sí, prior —trató de apremiarle discretamente el novicio, para quien el día sí era un interminable calvario de rezos, plegarias, fregar platos, limpiar caballos y complacer al resto de monjes—. Empero, de lo que yo os quería hablar, maestro Indro O´Curum, es algo que se ha de contar rápido para que vos meditéis en ello con la plenitud de la mañana, la tarde y la noche... y para que yo pueda llegar a tiempo a los establos.

—Bien, bien —pareció terminar por ceder el prior—. Cuéntame, hijo, qué es eso tan importante.

—Veréis vos, señor prior: la cuestión trata sobre un rufián de poca monta que vino a la aldea esta madrugada. Cuando llamó, o más bien aporreó, según aseguraba el pescadero, las puertas del monasterio, nadie acudió a abrirle; así que se fue cagando leches a la taberna —el novicio se percató de la desaprobación del lenguaje soez por parte del prior, así que rápidamente trató de encarrilar la situación—. Esas fueron las palabras exactas que me transmitió el pescadero. El caso es, señor prior, que el rufián se puso pesado y no debió dejar de armar jaleo hasta que pudo ver a un monje.

—¿Tú eras el monje al que finalmente vio?

—Sí, señor. Hoy, antes de que el sol saliera, oraba al dios Apolo junto a otros en el templo. De camino, el pescadero nos abordó, alegando que un hideputa no le dejaba dormir la mona.

—¿Más palabras exactas del pescadero?

—Sí, señor —trató de enmendar su descuido el novicio—. El caso es que ya sabéis que el pescadero vive a escasos metros de la taberna y el hide... el rufián no le dejaba descansar con tanto alborozo. Entonces Cur-Saret me pidió que le acompañara. El rufián ese... no veáis qué mal tipo, señor prior, vestía como un pordiosero y portaba...

—No juzgarás un alma por la apariencia de un cuerpo —le recordó Indro O´Curum—. Olvida los embarazosos detalles y ve a lo importante.

—Sí, señor. A decir verdad, el hombre tampoco era muy educado, no cesó de repetir que quería veros a vos en persona, incluso

amenazó con apartarme de un empujón e irrumpir directamente en el monasterio, ¡y me llamó calvorota!

—Bien, muchacho, eso es todo cuanto tenía que oír. Ahora mismo acudiré a ver qué se le ofrece a nuestro invitado.

—Señor, os interesará saber que...

—Joven monje, me temo que la plenitud de la mañana te está desbordando; corre a tus labores, no vaya a ser que al final sea verdad que las jornadas se hagan cortas.

El muchacho se llevó la mano al corazón y, tras murmurar una educada despedida en la lengua madre, desapareció corriendo en dirección a los establos.

Indro O'Curum le contempló por unos momentos, apostándose consigo mismo a que alguno de los alocados huaraches⁽⁶⁾ del novicio terminaría por salir despedido en la carrera. Cuando el muchacho se perdió en la lejanía, el monje puso rumbo a la taberna de la aldea.

Aunque bien había reprendido al joven por juzgar el alma del hombre que le aguardaba, sabía que no debía estar desprevenido con un sujeto como ese. «Si el pájaro se pone pesado», pensó Indro O'Curum, «llamaré a Apmajuju o a Fábulo, y veremos si sigue con ganas de hostigar».



Tiró otra pequeña piedra con desgana hacia la pared. La china botó en el suelo de piedra y se elevó para chocar contra una mohosa losa del muro. Tras rebotar, entró en un pequeño cuenco de madera que había en el suelo, acabando junto a otro puñado de piedras que en él yacían. Otra piedra más siguió la trayectoria de la primera, para acabar en el interior del cuenco. El reo, en vista de que se le habían acabado los guijarros, se levantó pesadamente del suelo y cruzó su pequeña celda para recoger los que había en el cuenco. Una vez los tuvo en su poder, volvió a su sitio, apalancado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared contraria a la de la escudilla de madera.

⁽⁶⁾ Sandalia de bajo costo.

De nuevo el hombre arrojó una piedra contra el suelo y, como no podía ser de otro modo, tras elevarse y chocar contra la pared, entró de lleno en el cuenco.

—¿Vas a parar de hacer eso de una maldita vez?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Ante el silencio de su compañero de celda, el hombre continuó lanzando guijarros en la misma trayectoria. Al cabo de un rato, el segundo, tras escuchar siete nuevas piedras aterrizar acompasadamente en la escudilla, se decidió a hablar de nuevo.

—¿Crees que vendrán a por nosotros?

—Lo creo.

—¿Crees que nos sacarán de aquí?

—También lo creo.

El hombre que estaba sentado volvió a lanzar un nuevo guijarro. El otro, aferrado a los barrotes y contemplando con nostalgia el exterior, se giró hacia su compañero.

—¿Y si no viniesen, Tork? ¿Qué será de nosotros?

—Vendrán.

—¿Y por qué no han venido ya? Llevamos varios meses aquí encerrados; unos... ah, ya perdí la cuenta.

Por primera vez en un largo rato, el hombre de rizado pelo anaranjado que estaba sentado dejó de arrojar cantos al cuenco. Alzó la cabeza y buscó los ojos de su compañero de celda. Una vez los encontró, se dispuso a hablar.

—No sé por qué no han venido ya, Menoto. No sé por qué no vinieron hace cinco meses ni por qué no vinieron el día después de la batalla. Simplemente no lo sé. Imagino que las noticias tardan en llegar. Sí, ya lo supongo, no hace falta que lo digas. Las noticias no tardan casi medio año en llegar. Y menos a Kellville, que está tan solo a unos días de camino. Esos canallas han tenido que hacer algo para evitar que nadie sepa de nuestra desdicha. Pero mantén la esperanza. No envejeceremos aquí. Mi padre vendrá a buscarnos.

—Tu padre está muerto —una voz proveniente de la celda contigua interrumpió su conversación.

Menoto pudo comprobar, mirando a través de los barrotes de la mejor manera que podía, que las manos de Sirón y Jako estaban aferradas a los barrotes de la mazmorra vecina. Así como estaban dispuestas

las celdas, una a continuación de otra, les era imposible verse entre ellos; tan solo podían ver las manos que asomaban—. Tienes que ir haciéndote a la idea, Tork. De lo contrario, habría venido hace mucho y nos habría sacado de estos calabozos.

—¡Cállate! —bramó Tork, incorporándose de sopetón, irguiéndose en toda su estatura—. ¡Mi padre no está muerto! ¿Me oyes? ¡Vive! ¡Algo se lo habrá impedido, y eso es todo! ¡Nada más!

Tork Belgarf se aferró a los barrotes junto a Menoto, tratando de encararse con Sirón; pero por mucho que apretujase su cara contra el metal no podía ver más que las manos de los otros. Finalmente, desistió y se separó de los barrotes mientras se pasaba la mano por su descuidada barba anaranjada, secándose la humedad del hierro.

—Eres un cabrón, Sirón —dijo Tork lo suficientemente alto para que lo escucharan con claridad desde la celda contigua—. Un cabrón malnacido. Debería dejarte aquí cuando vengan a buscarnos.

—No vendrán, Tork —el tono de Sirón no era ni de burla ni de enfado, era más bien melancólico—. Hazte a la idea. Nadie va a venir a por nosotros. Estamos jodidos, Tork, muy jodidos.

Tork no respondió. No. No iba a continuar con esa bobada. ¿Qué se había creído Sirón? Cuando menos se lo esperasen, su padre, Slawer Belgarf, vendría con un ejército de sicarios y mercenarios a sacarles de allí. Y entonces Sirón tendría que bajar la cabeza y darse con un canto en los dientes por la vergüenza.

—Aunque viniesen, Tork —esta vez, era la voz de Jako la que provenía de la celda contigua—, ¿cómo iba a encontrarnos? No estamos ni siquiera dentro de Roquel. Estamos en Nord Calium, bajo tierra. Nadie se imaginaría que debajo de un pozo medio cubierto por la vegetación hay unas mazmorras. ¿Aún sigues escuchando, Tork? Y aunque nos pudiesen encontrar... ¿qué harían con él? ¿Qué haría con el erkan?

—¡Silencio en la jaula!

El carcelero se acercó a las rejas y dio unos secos golpes con los nudillos en ellas. Los presos callaron mientras resonaba el guantelete metálico contra los barrotes.

—Apestoso traidor —le bufó Menoto—. Si hubieras tenido un poco de honor y dignidad habrías preferido la muerte antes que doblarte ante el enemigo.

—¿Doblegarme? ¿Enemigo? —se jactó el guardia—. Me parece que andas muy desencaminado. Yo no me he doblgado; me he adaptado a las circunstancias. Y el erkan y los suyos no son mi enemigo. Mi enemigo es aquel que me perjudica. Desde que el erkan llegó, esta aldea ha sido un remanso de paz. No os extrañéis porque prefiramos vivir bajo las órdenes del erkan, antes que haber muerto por un cobarde que huyó corriendo a guarecerse en el monasterio en el momento en que se olió la pelea... Tok.

El mentado se giró como un resorte y se pegó contra los barrotes, mirando desafiante y con furia al carcelero.

—Cuando salga... cuando salga te retorceré el pescuezo.

—Sería lo más probable —el guardia se pasó la mano por el cuello y le devolvió la mirada—. Si algún día sales.



Cuando el prior llegó a la taberna, lo que acontecía en su interior no era propio para nada del solitario y tranquilo ambiente de una posada por la mañana. Avanzando entre la gente con precaución, llegó al origen del bullicio que allí había formado. En una alargada mesa de madera, de aspecto húmedo, posiblemente por la multitud de bebidas que habría absorbido a lo largo de los meses, se encontraba el rufián del que le había hablado el novicio. Le reconoció al instante. Era un hombre de pelo negro como el carbón que lucía una descuidada barba de varios días. Como bien había descrito el monje, vestía con ropa llena de mugre, de rotos y jirones. A la espalda, el rufián lucía un extraño báculo acabado en una esfera brillante.

Sentado enfrente del rufián, otro hombre mantenía una acalorada discusión con él. Este segundo era delgado y mayor que el otro y, a decir verdad, cualquiera que se fijase un poco más allá de su apariencia, que dejaba ver algunos rasgos seniles como su grisáceo pelo, podría decir que seguía en forma. Su rostro era anguloso y curtido, presidido por una nariz fina y recta, pero lo que más llamaba la atención de él era una tremenda cicatriz que le iba desde el ojo derecho a la parte izquierda de la barbilla, pasando por debajo de la nariz.

—Desde la batalla que aquí tuvo lugar hace dos estaciones, esta aldea ha estado tranquila y en paz —el hombre de la cicatriz hablaba pausadamente, aunque la aspereza de su tono podría lijar una tachuela sin problemas—. Aquí nadie molesta a nadie. No hay guardias porque aquí no nos hacen falta. No he visto morir gente para que llegue el primer descabezado muerto de hambre a molestar.

—¿Morir gente? —se zahirió⁽⁷⁾ el tipo del báculo, lo que pareció enojar sobremanera al otro—. No me vengas con jácaras⁽⁸⁾. ¿Acaso tú no sabes mantener una conversación sin tener que sacar otros temas, como las pobres mujeres que mueren, sus menesterosos hijos que quedan huérfanos, los pordioseros tuertos que además tienen la viruela, y los expuestos seres en vías de extinción? ¡Falta viento para hacer sonar ese añafil⁽⁹⁾! Si quieres discutir, hazlo usando tus propios argumentos, no metas en la conversación otros temas que no nos incumben y que no hacen más que hacer sentir culpable al otro por motivos adyacentes que nada tienen que ver. Me mantengo en mi anterior petición: quiero ver al prior de Roquel, y le quiero ver ahora. Tengo un mensaje para él. ¿Lo entiendes? ¿No? Probaré a decírtelo a tu manera, con temas adyacentes. ¡No he ignorado a mendigos ciegos y leprosos, huérfanos de padre y madre, que pedían limosna en las calles, para que ahora me vengas con que no puedo ver al prior! ¡Pobres caracoles de la sierra septentrional de Angra... se extinguirán por completo como no me llevéis ante el prior!

Se armó un gran revuelo en la taberna tras las ofensivas palabras del forastero. El otro hombre, que había llegado a desenvainar su espada hasta la mitad sin lograr achantarlo, había vuelto a guardar su arma ceremonialmente.

—¿Algún lanza-hechizos, verdad? —preguntó, ya más tranquilo—. De ahí esa confianza tan distintiva. Ese sentimiento de estar continuamente protegido tras un muro mágico y poder despotricar tranquilo. Todos sois iguales. Os creéis superiores, intocables. Creéis que

⁽⁷⁾ Se burló.

⁽⁸⁾ Cuentos.

⁽⁹⁾ Trompeta recta.

el mundo es vuestro... Pero siempre hay algún desliz, algún descuido, y termináis catando el hierro. Y luego ya no es momento para hechizos de sanación, no. Luego vienen la hemorragia y los sudores. Con ello, es difícil formular un hechizo. Y más aún si os rematan segándose esa cabeza de chorlito. ¿De qué se trata? ¿Brujo? ¿Hechicero? ¿Mago? ¿Chamán? ¿Druida, quizás? Ya os responderé yo. Dudo que se trate de chamán o druida; ellos se quedan en sus bosques sin joder al resto de los mortales, incluso son útiles de vez en cuando. Luego, los magos son más amables, aparte de que se pasan la vida enfrascados en sus libros y encerrados en sus torres. Por último, los brujos llevan armas de filo, no báculos, y suelen meterse en sus propios asuntos. No nos queda otra que hechiceros. Altaneros, ostentosos, abusivos, siempre metiendo las narices donde no les llaman y haciendo experimentos. Siempre haciendo alarde de sus poderes. ¿Qué es lo siguiente? ¿Nos amenazarás con convertir esta mesa en una quimera en apenas unos segundos? ¿O será un simple chasquido de dedos lo que haga arder toda la taberna antes de que nadie diga «bacalao»?

—Lo siguiente es que todo el mundo se va de la taberna y vuelve a sus ocupaciones —Indro O´Curum emergió de entre la muchedumbre allí formada—. Nos quedaremos solos el forastero y yo. Y el tabernero, por supuesto. ¿Habéis oído todos? Que ni el pan se gana solo, ni el dinero crece en los bolsillos. Fábulo, tú también. No; él y yo solos. Sí. Si hay problemas, te llamaré.

Lentamente, todos fueron saliendo de la abarrotada sala. Fábulo fue el último en abandonar la taberna. Se detuvo en el umbral por un momento, mirando desafiante al forastero, como esperando alguna bravata. Sin embargo, el desconocido le devolvió la mirada sin acompañarla de ningún gesto obsceno o matiz lacerante. Contrariado, Fábulo hizo ondear su capote añil al darse la vuelta y terminar por desaparecer.

Indro O´Curum midió por un momento al truhan. Este, consciente de que el prior estaba decidiendo el grado de cortesía y de confianza que debía otorgarle al comenzar a hablar, aguardó en silencio. Lentamente, Indro O´Curum ocupó el sitio que había libre frente al hombre, donde momentos antes había estado Fábulo.

—Por lo visto, no habéis empezado con muy buen pie en Roquel —empezó lentamente el prior—. Sed bienvenido de todos modos,

siempre y cuando vuestra estancia no vaya a causar más alborotos. Tengo entendido que tenéis un mensaje para mí.

—Gracias por concederme esta cita, señor prior —el tono de voz del forastero era bastante diferente al que había usado durante la discusión con Fábulo—. Ciertamente, a estas alturas lo raro sería que aún no supieseis que traigo nuevas para vos, y más después de todo el jaleo. En lo que al mensaje concierne, sabed que es de suma importancia, lo que espero que justifique estas prisas por transmitíroslo.

—Eso espero, don...

—Disculpad, aún no os he dicho mi nombre. Todos me conocen como Samoguna Medani, de los Claros Reales. Y vos sois Indro O´Curum, prior del monasterio de Roquel —el prior asintió con la cabeza—. Ahora que ya sabemos todos quiénes somos con certeza, vayamos al mensaje. Aquí me presento en nombre del joven y apuesto conde de Oquién, Nevetille de Cicea.

Las palabras del hechicero eran alegres y claras, como si un pregonero o un maestro circense exhibiese a alguien realmente importante. Ante los ojos del tranquilo Indro O´Curum, unos pequeños y casi imperceptibles rayos azules recorrieron el rostro del mago. La apariencia del rostro del que el novicio describió como un rufián comenzó a cambiar. Donde hubo una descuidada barba de varios días, al momento no hubo otra cosa que un cutis notablemente bien cuidado. De aquella maraña de barba tan solo quedó un fino y alargado bigote, cuyos extremos acababan en punta, probablemente obra de algún hechizo estético. Sus ojos, aparentemente apagados, fulguraron con un nuevo brillo negro, también obra de algún hechizo. Sus desordenados cabellos parecieron alisarse y caer lacios en un distinguido peinado a lo paje. Por último, los leves rayos azules abandonaron su rostro para recorrer sus vestiduras. Estas, al igual que antes su semblante, comenzaron a cambiar. Primero adquirieron un tono más claro y brillante, que acabó por convertirse en un llamativo morado. Donde hubo rotos, ahora había distintos y caprichosos adornos blancos en formas de lazos y dobleces.

El prior contempló estupefacto al nuevo hombre que tenía ante él. Nada quedaba del rufián que hacía unos momentos cambiaba opiniones acaloradamente con Fábulo. Contempló asombrado las nuevas y elegantes vestiduras del hechicero. Samoguna Medani advirtió su mirada.

—Estos adornos se llevan mucho en los Claros Reales. La última moda, podría decirse. ¿Ocurre algo, señor prior? ¡Ah, sí! Imagino que no os esperabais este... cambio. No os preocupéis si me habéis llegado a confundir con un rufián —Indro O´Curum, aún sin palabras, se preguntó si el hechicero era capaz de leerle la mente—; eso prueba que mi tapujo era eficaz. No podía viajar de un lado para otro así de acicalado sin temer por los asaltadores de caminos. Como bien dijo antes vuestro amigo de la cicatriz, siempre puede haber algún desliz; y ni toda la magia del mundo me impediría catar el hierro.

—Muy... muy sagaz por vuestra parte —recuperó el habla el prior, tratando de aparentar normalidad—. Sin embargo, mentasteis que proveníais de los Claros Reales, mas vuestras nuevas vienen desde aquí, desde Oquién. ¿He de suponer que sois algún tipo mensajero errante?

—La procedencia es lo de menos, mi buen prior —el hechicero sonrió, mostrando unos dientes relucientes, mientras se tocaba una punta del afilado bigote con distinción—. Volvamos al mensaje; no sin motivo revolucioné vuestra apacible aldea. El asunto es serio. La cuestión es que, de algún modo que no nos concierne, han llegado a mis oídos ciertos rumores. Rumores acerca de que algo grande y escamoso aterrizó en esta aldea hace dos estaciones.

—No os andéis con rodeos, hechicero. Las cartas sobre la mesa.

—¿Queréis que sea más claro, prior? ¿Qué tal si os pregunto por algo grande y escamoso, que además escupe fuego, vuela, y que traía a un erkan sobre su grupa?

—Lo mismo da —Indro O´Curum se pasó una regordeta mano por el rostro—. ¿Qué es lo que quiere el conde de ese algo grande y escamoso?

—Veo que finalmente no tenéis tantos problemas con los rodeos —el hechicero sonrió—. De todos modos, para evitaros el tener que dar tantas vueltas hablando, lo diré en plata: quiere su cabeza.

—¿Y os ha mandado a vos a cortársela? —el prior frunció el ceño y se echó hacia delante sobre la mesa—. ¿Aun sabiendo que, aparte del hierro, podéis catar también el puño cerrado de un monje en vuestra cara?

—Tranquilidad, prior —rio el encantador—. No me ha enviado a mí a segarle la cabeza al dragón. De hecho, estoy aquí meramente

para comprobar su existencia. Pero no temáis, vuestro «pequeño» secreto estará a salvo. Al menos de momento. Le diré al conde que no hay rastro alguno del reptil, y que tan solo son habladurías paganas. De todos modos, el conde no es, ni mucho menos, estúpido. No pasará mucho tiempo hasta que manden a otros aquí a indagar. Y esos otros no serán ni tan gentiles ni tan pacíficos. Aún tenéis tiempo para largar al reptil de aquí. Un mes, si tenéis mucha suerte. El excelentísimo conde no es famoso por su paciencia, sino más bien por su cabezonería. Si en su real mollera se ha asentado la idea de que aquí hay un dragón, no se quedará tranquilo en su castillo hasta que no demuestre lo contrario.

—Gracias por vuestra ayuda... —Indro O´Curum se recostó en la silla—. Como bien habéis hecho vos previamente, os hablaré en plata: ¿qué queréis a cambio? No tenemos mucho que ofrecer, como os podréis imaginar de una aldea regentada por un monasterio.

—No quiero nada —el hechicero se quitó una mota de polvo de las hombreras de su gabán y se incorporó lentamente—. Estoy saldando una vieja deuda, no más... Y aún dudo si podré saldarla del todo algún día. Gracias por su atención, prior. Espero que nos volvamos a ver y en mejores condiciones para ambos, si cabe.

Antes de que Indro O´Curum hubiera podido articular palabra, un calambre azulado recorrió el cuerpo de Samoguna Medani. El rufián de desastrado aspecto y descuidada barba de tres días se encaminó hacia la puerta. El prior se levantó con rapidez en pos de él.

—Esperad un momento. No os vayáis.

Haciendo caso omiso de sus palabras, el hechicero tomó la puerta de la taberna y salió al exterior. Corriendo torpemente, Indro O´Curum le siguió y agarró el pomo de la puerta para salir fuera.

Al salir, el panorama que se encontró no era ni mucho menos el esperado. Un buen cúmulo de personas, entre las que se hallaba Fábulo, disimularon mirando hacia otro lado y andando en varias direcciones. El prior tomó por el hombro al viejo soldado.

—Fábulo, no disimules, sé que estabais oyendo la conversación. ¿Dónde ha ido?

—Lo siento, Indro O´Curum —el hombre echó hacia atrás su capote, que se había quedado trabado en su hombro—, tampoco pudimos oír nada. ¿Que dónde ha ido quién?

—¿Quién va a ser? ¡El hechicero!

—De aquí no ha salido nadie, solamente tú.

—¿Cómo puede ser posible? ¡Yo mismo le he visto salir hace apenas unos segundos!

—Brujería —respondió a su pregunta Fábulo con desprecio—. No ha podido tratarse de otra cosa.



La hermosa muchacha se desprendió de la cinta que ataba su melena, dejándola volar al viento. Sus cabellos ondulados del color de la miel ondearon con suavidad mientras ella rebuscaba un cepillo en su talega. Una vez lo hubo encontrado, comenzó a cepillarse el pelo, a pesar de que bien se veía que no era en absoluto necesario cepillar un cabello tan sedoso.

Sumida en sus pensamientos y sin dejar de cepillarse, se contempló en las aguas del río Nür, a cuyas orillas estaba sentada. Unos ojos difíciles de describir con palabras, grandes y llamativos, de un intenso color verde solo comparable al brillante verde de los ojos de los gatos nocturnos, le devolvieron la mirada. La joven alzó una fina y estilizada ceja mientras dejaba caer su flequillo de tal modo que le tapase casi por completo el ojo derecho, concentrada en colocarse el cabello para que no le dificultase demasiado la vista. Sin darse cuenta, había comenzado a cantar. Cantaba en un idioma desconocido para la mayoría, y ya olvidado para los que lo habían estudiado. Un idioma extraño y con un suave y rasgado acento nórdico.

Cuando consideró que el flequillo quedaba lo suficientemente cómodo a la par que bonito y natural, se quedó mirando fijamente en el río el reflejo del colgante que pendía de su cuello. El collar simulaba una cadena dorada de la que colgaba un precioso adorno plateado en el que estaba grabado un dragón. Tomó el adorno con delicadeza y suspiró.

De pronto, algo la sacó de sus profundas cavilaciones. Algo que cualquier humano habría sido incapaz de percibir valiéndose tan solo de sus propias capacidades. Se levantó. La joven era delgada y esbelta, de complexión delicada. Sus pies descalzos, junto con el blanco y

casi transparente vestido que flameaba al viento y su larga melena, le daban el aspecto de ser la libertad personificada. Alerta, alzó la cabeza hacia el cálido sol de la tarde y arrugó la nariz, haciendo que los azules tatuajes de sus mejillas se torcieran con gracia.

Como si lo hubiera esperado desde el primer momento, la joven no se inmutó cuando el enorme dragón verde y dorado, de escamas que reflejaban con furia la luz del sol, apareció de entre las copas de los árboles. El dragón, haciendo vibrar el aire a cada batir de alas, aterrizó con elegancia en mitad del río Nür, cuya profundidad en aquel tramo apenas le llegaba a la cruz.

Por un momento, la enorme criatura pareció disfrutar de la fresca corriente. Acto seguido, clavó sus gigantescos ojos de color esmeralda partidos por unas finas y verticales pupilas negras sobre la joven. Esta, sin miedo, hizo una reverencia al imponente ser.

—Saludos, Mely —se dirigió a ella la criatura sin mover los labios ni menear el hocico. El dragón se comunicaba telepáticamente con ella y, a pesar de la ferocidad de su voz, acorde con su aspecto, se podía apreciar un claro tono de cariño en sus palabras—. Él tiene un pequeño asunto para ti. Aquí, en Oquién. Para ser más exactos, en el castillo del conde Nevetille de Cicea. Escucha con atención.



A las afueras de Nord Calium, no muy lejos de la desviación hacia Kellville, la figura de un hombre se materializó en el aire surgiendo mágicamente de entre la bruma. El rufián de desmelenada cabellera y barba de tres días caminó con naturalidad por el sendero que conducía a Kellville, como si no acabase de aparecer allí mismo de la nada.

De repente, el hombre se detuvo y, sin denotar mucha práctica, se llevó la mano a la espalda descolgándose un alargado báculo de madera acabado en una esfera brillante. Desconfiado, miró en derredor; mas la densa bruma no le permitió vislumbrar más lejos que a donde alcanzaba su báculo extendido. Comenzó a dar una lenta vuelta sobre sí mismo, apuntando con la esfera del báculo hacia el exterior.

Pasados unos momentos se detuvo en seco, mirando fijamente a un punto. Sujetó con decisión su báculo y la esfera de este despidió

una suave luz blanquecina. Algo pareció moverse entre la bruma. Una figura humana.

—Veo que vuelves a usar tu antiguo nombre, Samoguna —la figura se detuvo en un punto en el que tan solo podía distinguirse su difuminado contorno—. Me alegra.

—Tú... —el hechicero se quedó quieto, como tratando de reconocer la voz que le hablaba, sin dejar de apuntar a la silueta con su báculo—. ¿Cómo...? ¿Cómo me has encontrado?

—También me alegra que hayas decidido dejar tu antiguo oficio —prosiguió la figura sin responder a su pregunta—. Sinceramente, era contraproducente. Ahora que el dinero no es una meta para ti, ya no te hace falta engañar al Estado sin pagar los impuestos, ni estafar dinero a los que requerían tus servicios como mago ambulante. Veo, además, que estás más a gusto con la hechicería que usando la magia blanca y elemental. Cómo no, me alegro.

—Aún me quedan años para tratar de pagarte todo lo que hiciste por mí...

—Ya lo estás haciendo, Samoguna —la figura se rio—. ¿Quién te iba a decir que de servir a un Xcx ibas a acabar sirviendo a un demonio?

—Esto es diferente. Lo hago por gusto. Porque siento y sé que debo hacerlo. Porque no dormiré tranquilo hasta que no salde mi deuda.

—No tengas prisa, Samoguna —la voz pareció distorsionarse por un instante—. El tiempo va colocando todo en su lugar. Ya habrá momento de saldar aquello.

—Tú... no estás aquí presente; es una ilusión, ¿no es cierto?

—Cierto. Muy cierto —la figura permaneció inmóvil—. La información que le has brindado al prior de Roquel era trascendental. No me pasará desapercibida. Te aconsejo que, una vez hayas hablado con el conde, procures no hacer ondear tu capa demasiado por Oquién. Y menos aún por Cicea. Puede que tenga que correr sangre para lavar la insana curiosidad del conde. La justa. Pero correrá. Te deseo un buen viaje, Samoguna. Que nos volvamos a ver y que lo hagamos sanos en tiempos en los que reine la paz. Ve con los dioses.

—Lo mismo espero —el hechicero, quien ya había bajado su amenazador báculo hacía un rato, se inclinó ante la figura, que ya comenzaba a volatilizarse—. Que las estrellas guíen tu camino, Ártator de Kellville.

2. La forja de un mito

—Busco a Mefrán Lavera.

La curtida mujer me contempló por unos instantes como si acabase de caer del cielo. Era una señora bajita y regordeta que lucía un delantal blanco salpicado de sangre y vísceras. Si quieres ser carniceira, debes despedirte de estar presentable a lo largo de la jornada y acostumbrarte a la sangre sobre el mandil. Miré por un momento una mancha particularmente grande en la que parecía haber algunos pegotes de algo.

Había pasado medio año ya desde que tomé Roquel. Medio año desde que la aldea pertenecía a Espada Negra. Medio año desde que la *Espada del Diablo* nos devolvió al tiempo presente. Medio año desde que aquel nigromante me incinerase en un espacio intertemporal.

Ahora, yo, Árator de Kellville, volvía cada dos semanas al pueblo en el que me crie. Siempre buscando lo mismo. Siempre sin éxito. Pero por algún motivo, ese día parecía ser diferente. Mi idea de encontrar a Lavera me daba la impresión de ser más que acertada.

Recorrí con la mirada las transitadas calles de Kellville. Aún recordaba cómo hacía cinco años, cuando aún era un muchacho de catorce, tuve que huir de allí por culpa de un asesino, Slawer Belgarf. No lo hubiese logrado sin la ayuda de Fábulo; por aquel entonces, un bardo de lo más normal del mundo. Así fue cómo acabé viviendo en el monasterio de Roquel cuando era, en aquellos tiempos, un solitario y apartado monasterio de peregrinaje. Allí pasé tres cálidos años de mi vida, formándome clandestinamente junto a mi mentor, Moifás O'Curum. Aprendí a leer y a escribir, a guiarme por las estrellas, a rastrear, a cabalgar, la anatomía humana, matemáticas, filosofía, religión... Pero, sin lugar a dudas, lo más importante de mi formación fue mi adiestramiento como guerrero. Pronto descubrí que mi inicial fervor por aprender a luchar se había convertido en un aliciente más que suficiente.

Aprendí a combatir con multitud de tipos de armas, desde espadas hasta hachas, pasando por toda clase de artefactos arrojadizos, bastones, porras, armas de asta, mandobles, arcos... No tardé en decantarme por el uso de las dos espadas. Siempre dos. Se me enseñó «una para atacar y otra para defender». Para defender ya estaban los escudos, lo mío era «las dos para atacar sin descanso».

Sin embargo, mi adiestramiento como guerrero no llegó a ser tan importante como mi aprendizaje como mago. Gracias al libro que cayó en mis manos, el *Tratado Arcano*, descubrí mi sensibilidad mágica, y Moifás O'Curum comenzó con mi educación en la magia. Aprendí a usar los elementos. Era capaz de lanzar una llamarada que brotaba de las yemas de mis dedos, de hacer crecer una semilla de la palma de mi mano, de cambiar la dirección del viento por un corto espacio de tiempo, de mover objetos a distancia o de crear pequeñas olas en el lago que había cerca del monasterio. Aunque por aquel momento me parecía digno de admirar, más adelante constaté que aún me quedaba mucho por aprender. Mucho más de lo que yo podía llegar a imaginar...

Desgraciadamente, mi estancia en el monasterio de Roquel no duró mucho más. Forzado a escapar de nuevo por un asesino, llamado Xcx, que trabajaba para un misterioso hombre conocido como Anok Suteck, hui del monasterio junto a mi inseparable amigo Apmajuju y mi dragón, *Nife*. Sí. En ese momento ya habían acontecido muchas cosas. Yo sabía que era un erkan y quiénes eran mis padres. *Nife* había roto el cascarón y ya tenía algunos meses. Moifás O'Curum se había retirado a vivir a Las Nevadas en una cueva y Cur Volco se había convertido en Volco O'Curum, el nuevo prior de Roquel. El capitán Tork Belgarf había llegado con sus soldados al monasterio y yo había pasado de ser un soldado bajo su mando a convertirme en un pequeño héroe que salvó a sus hombres de que los devorase un dragón de los hielos. También había llegado ella al monasterio, con su extraño y atractivo aspecto y su eterna canción... Fue el día de mi huida cuando aquel desdichado dardo la alcanzó y perdió la memoria.

Ahí comenzó una nueva vida para mí. Ahora que mi maestro había muerto a manos de Xcx y que no podía regresar al monasterio, Apmajuju, *Nife* y yo no teníamos cadenas que nos atasen a ninguna parte. Ese fue el comienzo de mi largo viaje. En sus últimos suspiros, Moifás O'Curum me había pedido que buscase a un hombre: a Rodek

Maulo. Fue siguiendo su pista como acabamos en Cordville, donde conocimos a Falsio Temb y donde nuestro viejo amigo Untric se unió a nosotros. Ahora éramos cuatro: Apmajuju, Untric, *Nife* y yo. Ahí comenzaron nuestras aventuras. Alguien había asesinado a Rodek Maulo, y las pocas pistas que teníamos se reducían a un extraño olor a menta fresca y al desconocido paradero de Mely, quien parecía ser una pieza clave en todo aquello.

Viajamos andando, a caballo, en barca y en dirigible a los Lares del Errante, a los Claros Reales, a los Prados de Turuán, a Cacils, a Aadrudo y, finalmente, tras tener que atravesar varios días las Colinas Doradas, a Oquién, de vuelta al monasterio. Durante nuestro largo viaje corrimos grandes peligros y desvelamos extraños misterios, hicimos tan buenos amigos como tan férreos enemigos y perdimos y ganamos compañeros de viaje. Cuando llegamos a Roquel éramos seis; mas cuando la batalla acabó solo quedábamos cinco. Melchor, o más bien Merlín, dio su vida por ayudarnos... Entonces yo ya sabía muchas cosas, como que Moifás era en realidad mi abuelo, o que...

—¡Ari! —una aguda y pueril voz me sacó de mis pensamientos mientras una mano tiraba de las mangas de mi gabán hacia abajo—. ¡Despierta! Que ya hace un buen rato que la señora se ha ido. No me extraña, te ha contestado y te has quedado mirando a la nada, como si tuvieras la cabeza vacía.

Miré a la niña que me reprochaba mi estado de meditación. Ella me devolvió la mirada con sus ojos zarcos como el mar. Conocí a Tara en el puerto de Acarria, cuando buscábamos un dirigible que nos llevase de regreso a Oquién. La verdad sea dicha, la forma de conocernos no fue muy agradable. Junto a otros pillastres, aquella cría me robó mi saco de monedas y me hizo perseguirla por media ciudad. Si no hubiera sido por Mely, seguramente se me habría terminado escapando. Horas más tarde, cuando apenas quedaban unos minutos para que nuestro dirigible zapase, la rescaté de las alcantarillas de la ciudad, donde estaba punto de ser forzada por unos truhanes del desierto de Mól. Desde aquel día, Tara no se había separado de mi lado y yo me había jurado también no despegarme de ella.

Me fijé mejor en sus grandes ojos azules. Eran muy bonitos, incluso para una niña de nueve años. A su edad, ya había visto muchas más cosas de las que cualquier adulto querría. No todos podían decir

que habían sobrevivido a lo mismo que ella. Todo ello hacía que me recordara profundamente a mí cuando era pequeño.

Sin querer, evoqué amargos recuerdos de cuando estuve escondido bajo la cama de mi antigua casa, en Kellville. Estaba solo en el mundo y en peligro. Aquel día fue cuando conocí a *Nife*; bueno, cuando aún no había roto el cascarón. Eso me dio un motivo por el que seguir adelante. Me acordé del miedo que me atenazó al cruzar Nord Callium en dirección a Roquel, cuando la manada de lobos me atacó. Por fortuna, ahí conocí a Moifás O´Curum. Gracias a él me convertí en lo que soy. Jamás pude agradecerle todo lo que hizo por mí.

—Ari, ¿me estás escuchando? ¿En qué piensas?

—En nada, Tara —le sonreí pícaramente mientras la revolví la negra y lisa melena que a Mely tanto le había costado peinar antes de salir de Roquel—. ¿Te has enterado bien de lo que ha dicho la señora?

—¡Pues sí! Si no llega a ser por mí, ahora estarías perdido y sin saber dónde encontrar a ese amigo tuyo.

—Claro, por supuesto —le di la razón de tal manera que el sarcasmo se pudiese mascar—. ¡Menos mal que me acompaña la ínclita⁽¹⁰⁾ Tara, famosa en todo el mundo conocido por su gran sabiduría y su capacidad de no distraerse mientras las carniceras hablan!

—¡No te burles! —la delgada y morena niña me zarandó levemente—. ¡Y no te rías!

—¿Cómo podéis insinuar que me burlo de vos, doña Tara? ¡Yo, que arriesgaría mi vida por salvaguardar vuestra dignidad!

Finalmente, ella tampoco pudo contener la risa y me tomó de la mano, siguiendo el camino que le había indicado la carnicera. Volví a mis pensamientos.

«Yo tuve la suerte de conocer a Moifás O´Curum», pensé, «la enorme suerte de conocer a mi abuelo, quien me guio y protegió».

Pero no. Para Tara no sería diferente. Ella también había tenido la ocasión de conocer a alguien que la protegiera. Yo sería su Moifás O´Curum. Nunca, nunca dejaría que nada le pasara. Jamás me separaría de su lado.

⁽¹⁰⁾ Ilustre, afamada.

Llegamos a la plaza mayor, en cuyo centro se hallaba un gran árbol centenario rodeado por un banco de piedra en forma de aro. Ya habíamos pasado otros días por allí, pero esta vez las calles estaban llenas de mercaderes y buhoneros que voceaban alegremente sus productos.

Tara abrió mucho los ojos, sonriendo levemente, mientras miraba en derredor. Adiviné que aquel panorama le recordaba al gran mercado de Acarria, donde nació y se crio. Sin embargo, a pesar de todos los puestos que llenaban la plaza, ese grupo de mercaderes no tenían ni punto de comparación con el famoso mercado de Acarria, al lado del puerto aéreo. Aquel mercado sí que era enorme, y en él se vendían todo tipo de aparatos y criaturas en cada puesto: en algunos se podían ver dragones enanos que rugían en sus jaulas; cobras de llamativos colores con la capacidad de transformarse en pulseras al enroscarse en el brazo de su dueño; pegasos en miniatura que relinchaban mirando a los transeúntes pasar; espejos que podían mostrar una escena de tu pasado; fumaderas de tabacos de diversos sabores; plumas de ganso que jamás agotaban su tinta al escribir; calaveras parlantes capaces de responder a preguntas de «sí o no»; escobas encantadas que barrían solas; multitud de libros; amuletos protectores; inciensos; genios menores; ropas que cambiaban de color según el estado de ánimo...

—Ari, ¿estás bien? —de nuevo, Tara me sacó de mis cavilaciones—. Hemos cruzado la plaza y no has prestado atención a un solo puesto. Te has vuelto a quedar pensando en tus asuntos, como antes. ¡Ni siquiera me estabas escuchando!

—Tienes razón, Tara —en mi mente se disipó la imagen del gran mercado de Acarria y volví a verme en la plaza mayor de Kellville, rodeado por comerciantes con mercancías normales, corrientes y molientes—. Estaba recordando el mercado de Acarria.

—Yo también me he acordado... —en el tono de voz de la niña pude apreciar un cierto anhelo—. Pero esto no es nada comparado con el gran mercado de Acarria, ¿verdad, Ari? ¿Volveremos algún día?

—¿Ya tienes ganas de desvalijar a las pobres gentes de Acarria? —Tara sonrió con granujería mientras caminábamos—. Sí, supongo que algún día volveremos. De momento, nuestro sitio está aquí, en Roquel. Ya se me había olvidado lo que era pertenecer a un lugar.

—Yo también echo de menos el viajar por todo el reino sin ataduras... ¡Oh! Mira, debe ser aquí donde nos envió la carnicera...

Mmm... Sí. Una casa grande... puertas de color verde pistacho... tres pisos... Sí, sí, aquí es.

—¿Estás segura? —miré desconfiado a la lujosa casa frente a la que nos habíamos detenido—. Preguntemos a otra persona.

—No, no. Te digo que es aquí. Confía en mí. Si hubieras estado atento a las indicaciones de la señora tendrías derecho a discernir⁽¹⁾.

—¿Discernir? ¿No será a disentir⁽¹²⁾?

—Tú me has entendido. Es aquí, te lo digo yo.

Miré de nuevo la gran casa. Si Tara no se hallaba en un error, nos disponíamos a entrar en la casa de los Belgarf.

Me recorrió un escalofrío. Aquella casa traía consigo multitud de recuerdos. Recuerdos amargos. Pude ver a mi madre saliendo por aquellas puertas de color verde pistacho, pude ver a cuatro niños dando una paliza a otro más pequeño, pude ver la sonrosada cara del señor Belgarf asomándose por la rejilla y echando de malos modos al chico que venía a buscar a su madre.

Los sonidos de la aldaba de las puertas me trajeron de nuevo al tiempo presente. Tara me miraba con una cara que decía claramente: «Despierta, ¿qué te ocurre hoy?». Agité levemente la cabeza para despejarme y aguardé con la niña a que alguien nos abriera. Apenas habían pasado unos pocos segundos cuando un hombre bajito y repeinado nos abrió la puerta. El hombre nos sonrió abiertamente con una falsa sonrisa forjada tras muchas visitas de práctica.

—Buenos días —saludó con voz ronca—, ¿buscan al señor Lavera? Sepan que la hora decretada para hablar de negocios es por las mañanas. Ahora, de tarde, el señor Lavera se encuentra...

—No venimos a hablar de negocios —me apresuré a interrumpirle, sin perder los modales—. Se trata de un asunto personal. Soy un viejo amigo del señor Lavera, que viene desde muy lejos para saludarle. Lamento tener que apresurarlo, mas nuestro coche de caballos con destino a las Colinas Doradas parte en unas pocas horas y no me gustaría hacer esperar a los pajes.

⁽¹⁾ Distinguir una cosa de otra.

⁽¹²⁾ No estar de acuerdo con el parecer de alguien.

A Tara se le escapó una pequeña risilla que, por fortuna, pasó inadvertida al hombre.

—Perdonad, no sabía que el señor esperaba tan ilustre visita —hizo una leve reverencia mientras se hacía a un lado, indicándonos que nos adentrásemos—. Mi nombre es Giro, mayordomo del señor Mefrán Lavera. Por aquí, por aquí. Cuidado con resbalaros con el parqué, está recién encerado. La semana pasada uno de los criados casi se rompió el codo. Sean bienvenidos a la humilde morada del señor Lavera, eso que ven ahí son unos preciosos jarrones importados desde Angra. No se detengan, apresúrense tras de mí, no me gustaría importunar a sus pajes. Esto sobre lo que andamos son unas preciadas alfombras traídas de los Prados de Turuán, y ese busto de ahí representa al gran compositor de órgano Matías Van Edty, que componía para el conde de Cicea y que desapareció fugazmente una noche de otoño hará unos quince años. Le raptaron unos piratas, dicen. Pasen por aquí, cuidado con el marco de la puerta, está bastante bajo, la niña no tendrá problemas. Se preguntarán que por qué un marco tan pequeño que haga a la gente agacharse, ¿verdad? Se trata del marco de la puerta de uno de los aposentos en los Claros Reales del erkan Gorgonán, del Clan Saizac, que, como bien sabréis, era un duende. Y aquí tenemos unas fastuosas escaleras con engarces dorados colocados a mano por un artesano enano de Ortrido.

Tras subir las fastuosas escaleras, cruzar unos largos pasillos adornados con cuadros que pintó un artista riardano manco y ciego, pasar frente a unas vitrinas con las plumas de la última oca que se comió el rey Asar el Navegante antes de morir, atravesar una enorme sala en la que estaban disecadas diversas criaturas —serpientes de aire de varios metros de longitud, dos gorilas ũshunianos, un cachorro de quimera⁽¹³⁾ con sus tres cabezas, tres mariposas de dimensiones colosales y un grifo⁽¹⁴⁾—, cruzar otro pasillo custodiado por réplicas en piedra de unas gárgolas y llamar a una puerta cuyo picaporte, según aseguró el mayordomo, fue tocado por una verdadera ninfa de río, llegamos hasta el señor Mefrán Lavera.

⁽¹³⁾ Ser con atributos de cabra, león y dragón.

⁽¹⁴⁾ Criatura con atributos de águila y de león.

En un principio no me reconoció, lo que podía causarnos problemas, por lo que tuve que fingir una emotiva muestra de benevolencia mediante señales formularias, entre las que se vieron incluidos varios abrazos y alguna lagrimilla. Tara, adivinando mi estratagema, sonrió sin dejar de hacer cumplidos al señor Lavera mientras comentaba cuán emocionada estaba de encontrarse frente al tan mentado Mefrán Lavera, de quien tanto le había hablado su padre (supuestamente, yo).

El criado, orgulloso por su trabajo, se inclinó satisfecho y nos dejó a solas. Mefrán Lavera, que aún no había tenido tiempo de reaccionar, se vio de pronto en su habitación a solas conmigo y con Tara. Seguía tal y como le recordaba, alto y gordo como un oso, esta vez graciosamente embutido en un elegante atuendo morado y malva, con un aristocrático sombrero de ambos colores. A diferencia de la última vez, Mefrán se había dejado una elegante barba, donde unas patillas con gran volumen se unían por un espeso bigote, dejando la barbilla totalmente afeitada.

Una vez la puerta se hubo cerrado a mis espaldas y los pasos de Giro se hubieron alejado lo suficiente, di fin a mi interpretación.

—¿Me reconocéis, Mefrán?

—N-no —alcanzó a decir el hombre, quien aún estaba perplejo tras el rápido desarrollo de la escena—. ¿C-cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Nos conocemos?

—¡Por supuesto! —sonreí profesionalmente, mientras me tomaba la libertad de sentarme en un mullido sillón y poner las botas cómodamente sobre una mesita de cristal, probablemente obra de algún artesano del vidrio perteneciente a algún recóndito rincón del mundo. Tara me imitó e hizo lo propio con una cómoda banqueta forrada con terciopelo. Mefrán trató amablemente de discrepar.

—Señor, lamento disentir...

—Discernir —trató de corregir Tara.

—Disentir —di la razón a Lavera.

—Em... Sí —intentó buscar las palabras adecuadas el hombre—.

El caso es que lamento discrepar de vuestra afirmación, pues yo no os conozco.

—Claro que sí, Mefrán. El problema es que fue ya hace varios años. ¿Cuántos ya? Cuatro... ¡No, cinco! Sí, cinco son los que han

pasado. ¿Me recordáis ahora? En este mismo pueblo. Nos conocimos en la plaza mayor. Yo iba en hermosa compañía cuando vos os presentasteis...

—...Y vos lucíais una extraña espada a la espalda —pareció recordar Lavera, llevándose la mano a los gruesos labios abiertos por el asombro—. ¡Una espada con un dragón en la empuñadura!

—Parece que habéis refrescado la memoria —le alabé.

—Fuisteis a ver una casita conmigo... —Mefrán Lavera se pasó la mano por la cara, intentando hacer memoria—. Y creímos que había alguien bajo la cama... Entonces llamaron a la puerta; era vuestra acompañante. Ella era muy bella, mas tenía una siniestra mirada difícil de olvidar, y entonces... ¡Entonces desaparecisteis ambos en un haz de luz!

—Exacto. Aquella vez no erais más que un simple empleado, ¿qué os ha pasado para que os sonría la suerte de esta manera?

—Siempre pensé que habríais sido una ilusión... —continuaba dándole vueltas Lavera—. Nunca regresasteis. Pensé que era una mala jugada del vino de por la mañana. Ahora veo que sí que ocurrió... ¿Cuál era vuestro nombre?

—Árator. ¿Qué ha ocurrido estos cinco años, Mefrán? —miré complacido la lujosa habitación—. Tenemos tiempo para charlar.

—Árator... sí. Ya recuerdo. Bueno, supongo que sí tendremos tiempo para hablar sobre vuestra inesperada visita. Respondiendo a eso último, el caso es que han cambiado muchas cosas desde hace cinco años —el comerciante parecía haberse hecho ya a la idea de la situación, y se sentó relajado frente a nosotros—. Desde vuestra última visita a Kellville, la fortuna del señor Belgarf aumentó notablemente. El conde de Cicea murió justo aquel año, y su hijo heredó el condado de Oquién. Los habitantes de Cicea, no muy contentos con el nuevo conde, empezaron a emigrar de la ciudad. Primero se refugiaron en los arrabales y, finalmente, decidieron instalarse en las aldeas del condado.

—¿Qué sentido tiene eso? Para huir de un mal conde, ¿lo normal no sería huir del propio condado hacia otro vecino?

—En realidad, Nevetille no era mal conde. Sin embargo, gustaba de hacer cosas... extrañas en Cicea; y por ello muchos se fueron de la ciudad.

—¿Cosas extrañas?

—Muchas cosas se decían de él. Fantasías, la mayoría. Como que traía a su castillo de Cicea a extrañas criaturas que aullaban en la noche, o que era el responsable de algunas misteriosas desapariciones. Volviendo a la historia del señor Belgarf, el caso fue que muchas personas eligieron Kellville para vivir con tranquilidad. Como bien sabréis, Slawer Belgarf dominaba numerosos negocios en todo el condao, siendo dos de ellos los más famosos: la sastrería Belgarf, que exportaba a todo el reino y que era de los únicos negocios no gremiales, y la venta de viviendas aquí, en Kellville. De eso último me encargaba yo, junto a mis dos compañeros, Retor y Giro.

«¿Giro?», pensé para mí. «¿Ese no era el nombre con el que se presentó el criado que nos condujo hasta aquí?». Ajeno a mis pensamientos, el comerciante prosiguió su historia.

—Durante dos años fui pionero en la venta de casas, sobresaliendo notablemente sobre mis dos compañeros. Entonces fue cuando la señora Belgarf falleció. El señor Belgarf, hundido, dejó de prestar interés a sus negocios, y pasaba su vida haciendo largos viajes a los Prados de Turuán, donde se abstraía de la cruda realidad. A la sazón me convertí en su mano derecha, quien administraba todos sus negocios, ya que su joven hijo se encontraba muy ocupado en su formación militar y no prestaba especial atención a los negocios familiares. Llegó el momento en el que el hijo, Tork Belgarf, llegó a capitán, y más tarde abandonó el pueblo para instalarse junto a sus hombres en un monasterio al norte de aquí. El chico llegó lejos, el monasterio prosperó y en cosa de un año se convirtió en una pequeña aldea de la que Tork Belgarf fue nombrado corregidor. En aquellos momentos yo ya vivía en esta casa y regentaba por completo los negocios de los Belgarf. Pero el destino aún quiso hundir más al señor Belgarf. En uno de sus viajes a los Prados de Turuán, un malnacido acabó con su vida en la ciudad de Hortilla. Un asesinato a sangre fría. Las noticias llegaron hace unos meses por medio de un mensajero a caballo. Al conocer la noticia, traté de ponerme en contacto con Tork Belgarf; mas éste parecía haber desaparecido del mapa. Según me dijeron, un día se fue de aquel monasterio hacia Riarda en busca de aventuras y sin ninguna intención de volver. De ese modo, al ser Tork hijo único, me convertí en heredero directo de toda la fortuna familiar de los Belgarf.

—Impresionante —murmuré tras escuchar su historia—. Por lo visto el destino te ha sonreído, amigo mío.

—Ciertamente, he tenido mucha suerte —reconoció Lavera—. Yo, hijo de un comerciante y una costurera, regentando los negocios de los famosos Belgarf. Podía haberme pasado como a mis compañeros, Retor y Giro, y simplemente haber seguido con mi trabajo de vender moradas.

—¿Qué fue de ellos? —se interesó por primera vez Tara.

—Ahora trabajan aquí, como criados. Como veréis, me encargué de que pudieran tener, en menor medida, una vida cómoda —acarició los brazos de su sillón—. Y ahora, ¿qué hay de vos, don Árator? Hay muchas cosas que contar, empezando por qué os pasó hace cinco años, y cuál es el motivo de vuestro regreso.

Hacia aproximadamente seis meses de aquello, cuando tomé por primera vez aquella endemoniada arma, la *Espada del Diablo*. Había recorrido Vinorg de norte a sur en busca de respuestas, y todo me condujo hacia esa espada. Forjada hacía siglos en misteriosas circunstancias por el primero de los erkans, Ihanden de Flême, la *Espada del Diablo* había permanecido oculta desde La Caída. Tras unir todas las piezas del rompecabezas, encontré la espada exactamente en el lugar de donde había partido: el monasterio de Roquel. Cuando, tras tomar el monasterio, me adentré en las antiguas catacumbas subterráneas en busca de la reliquia, esta apareció oculta tras una enorme pared con unos extraños grabados. Resultó que el anillo que heredé de mi abuelo, el Anillo de Fénix, encajaba en el ojo de un dragón que presidía la ornamentación, y activaba un mecanismo que abría la pared. Allí, en un mohoso pedestal de piedra, en el centro de la recámara, me aguardaba la *Espada del Diablo*.

Tras tomarse la sangre de mi buen amigo Melchor, la espada nos transportó a Mely, a Nife y a mí al pasado. De ese modo, el arma me llevó a distintos momentos de mi vida en los que yo debería haber muerto, y en cada escena pude salvarme a mí mismo. En uno de esos momentos conocí a Mefrán Lavera, un empleado del señor Belgarf que vendía casuchas en Kellville. Cuando amablemente nos ofreció a Mely y a mí mostrarnos una de las moradas, jamás hubiera imaginado que nos llevaría a mi antigua casa, donde me había criado junto a mis padres. Quién me iba a decir a mí que en aquel momento, el Árator de

aquella época, que tenía aún catorce años, estaba oculto debajo de la cama; y que, si no llega a ser por Mely, Mefrán le habría pasado a cuchillo pensando que era un ladrón. En el momento en el que mi antiguo yo logró escapar por la ventana sin ser visto, la *Espada del Diablo* dio por concluida su tarea y nos teletransportó en las mismísimas narices de Mefrán Lavera. Ahora simplemente había que encontrar una buena excusa para hacer concordar el pasado con el presente.

—La verdad sea dicha, amigo Lavera, yo siempre había pertenecido al gremio de magos de Vinorg —inventé la argucia—. Sin embargo, tras incumplir una importante norma gremial, el mismísimo archimago de Üngper me teletransportó en el acto, y un consejo de magos tomó la perentoria decisión de expulsarme del gremio y de quitarme gran parte de mis poderes.

—¿Eso es posible?

—Por supuesto, por supuesto —afirmé con convicción.

—Me preguntó cuál sería esa falta tan grave...

—Lo lamento, amigo Lavera —le interrumpí—, pero eso es íntegramente un secreto de gremio. No me está permitido desvelarlo. Cosas del código, ya os imagináis.

—Pero si vos ya no pertenecéis al gremio...

—Cuán ingenuo llegáis a ser, amigo mío —interrumpí de nuevo, mostrándome ofendido—. Deberíais saber que el código gremial es algo que se lleva en el corazón. ¡En la sangre! ¡Nada de simples formalidades y normas!

—Ya veo, ya veo, lamento mi ignorancia —se excusó como pudo Lavera, sintiéndose por un momento en un embarazoso aprieto—. Qué descortés he sido al plantearos la posibilidad de traicionar vuestro código. Me siento desolado.

—No os preocupéis, Lavera —me miré despreocupado las uñas—. Un error lo puede cometer cualquiera. Os ahorraré los detalles del resto de mi historia. Digamos que fue tal mi decepción tras la expulsión del gremio, que busqué paz en un monasterio de Apolo.

—¿Aquí, en Oquién?

—Sí, en el monasterio de Roquel. Allí he pasado estos últimos... —me callé al instante al darme cuenta de mi error. Si le decía que había estado en Roquel aquellos años, Lavera me ahogaría en una lluvia de preguntas sobre Tork Belgarf— ...meses. Antes había estado en un

monasterio de Esly, pero al oír que en Roquel habían hecho... reformas, decidí mudarme.

—Interesante —continuó Lavera con renovado interés—; eso quiere decir que sabréis mucho sobre los rumores.

—¿Qué rumores?

—Sí, eso, ¿qué rumores? —se interesó de nuevo Tara, quien ya estaba un poco aburrida de la conversación.

—Oh, por favor, no insinuaréis que no sabéis a qué me refiero —sonrió Lavera mirándonos a ambos—. Ni que os hubierais caído al mundo hace dos días. Hablo, por supuesto, del erkan. No se habla de otra cosa últimamente en el reino. Incluso en Riarda, en Üshu y Angra empiezan a correr rumores.

—¿Dónde está Angra? —inquirió en un susurro mi acompañante.

—Al, sur, Tara —le respondí mientras me acomodaba en el mullido sillón—. Mucho más al sur de Üshu.

—Pero en los mapas de Indro O´Curum no aparece...

—Esos serán mapas de Vinorg —se imaginó Lavera—. En esos solo aparece nuestro reino y un poco de los vecinos, pequeña. Volviendo al asunto del erkan, ya hace un año que vuelan de aquí para allá las nuevas de Espada Negra; incluso los más atrevidos ya rumoraban que el erkan preparaba la insurrección.

—Bueno, tampoco ha sido para tanto —traté de quitarle importancia para ver hasta qué punto mis hazañas eran sólidas—. Simplemente se trata de un ladrón. Un ladrón con maña y suerte.

—¿Un ladrón con maña y suerte, decís? —estalló en risas el comerciante—. Hay que ver las cosas que se os pasan por la cabeza a los que vivís encerrados en monasterios. Todo comenzó cuando derrotó al malvado y cruel Sir Zedión, caballero de Luntamborg.

—Por favor, Lavera, no os vayáis por los rumores. Bien es sabido por todos que Sir Zedión era un caballero más o menos honesto, que tan solo pretendía recuperar su honor perdido para hacerse de nuevo un hueco en el castillo de Luntamborg. Los rumores todo lo deforman; también dirán que Sir Zedión medía como tres toros, que tenía cuatro cabezas, cien brazos y que en sus ratos libres devoraba vírgenes.

—De acuerdo, de acuerdo, me limitaré a los hechos —dijo aún de buen grado Lavera—. El caso fue que la primera noticia que tuvimos de Espada Negra fue la derrota de Sir Zedión. Un ladrón con maña

y suerte no derrota a un caballero de la corona. Apenas un mes después, llegaban raudos los mensajeros y pregoneros voceando que un indeseable llamado Espada Negra había acabado con el mismísimo conde Tineo. Ese hideputa... se cuenta que acabó con su propia esposa y que fue la duquesa de Eslugón quien le ordenó matar, pues...

—A los hechos, Lavera —le recordé, aun sabiendo que eso último era bastante acertado. Tara, balanceándose en el sillón, escuchaba divertida y atenta al comerciante.

—El caso es que el conde no fue asesinado con una puñalada traquera por la espalda, no —continuó Mefrán emocionadamente—. Acabó con él ni más ni menos que delante de toda la corte, ¡en las mismísimas narices de su guardia! Eso no lo hace un cualquiera. Y además, cuentan que escapó sin un rasguño. ¿Oís, don Árator? ¡Ni un rasguño! Aunque por aquel entonces nada se sabía sobre que era un erkan, ya había quienes aseguraban que no era humano.

—Ya será menos, amigo mío —quitó importancia al asunto de nuevo, mientras me acomodaba con calma en el sillón, buscando una postura más cómoda—. Puede que incluso yo mismo lograra escapar de los guardias de un conde.

—¿Vos? —Mefrán echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada como pocas se habían escuchado—. No digáis bobadas, don Árator. Vos no lograríais siquiera colaros en un castillo, como hizo Espada Negra. Ni aunque siguiérais teniendo los poderes de mago.

—Quién sabe, Lavera —continué, divertido—; igual Espada Negra no es más que un muchacho de unos veinte.

—No me hagáis reír —estalló de nuevo en descomunal algazara, que hizo que también Tara comenzase a reírse escandalosamente llevándose las manos al vientre—. ¡Ese ser debe tener como mínimo tres siglos! ¡Es listo como un demonio! No había pasado un mes desde lo del conde Tineo cuando vinieron más nuevas tuyas. ¡Desde Migdala! ¡El muy bribón había raptado a una princesa nórdica! ¡A una princesa! ¿Os lo podéis creer, don Árator? Y esta vez no solo burló a toda la guardia del palacio de Migdala, sino que trajo a su dragón para que le ayudara. Aunque bien es cierto que por aquel entonces lo del dragón no era más que un rumor. Nadie creía que en verdad ese Espada Negra resultase ser un erkan.

—¿Y cómo era el dragón? —me interesé.

—Se han dicho muchas cosas sobre él, como que es de grande como una montaña y que tiene... —Lavera se cortó un momento al ver mi expresión—. Sí, sí, sin rumores. En lo que están todos de acuerdo es que es de color verde, verde esmeralda, muy brillante. Incluso hay muchos que dicen que también era dorado, lo cual es muy extraño, ya que los dragones suelen ser de un solo color y que los dorados no existen.

—¡Eso no es verdad! —saltó de pronto Tara, visiblemente indignada—. Los dragones suelen ser de un color, sí, pero si el macho es de un color y la hembra de otro, el polluelo nace del color de la madre con algunas franjas del color del padre. Eso lo sabe cualquiera. ¡Y los dragones dorados sí existen! Antiguamente, de entre los Nueve, el erkan el Cruzado tenía un dragón dorado. Hasta yo sé eso.

—Sí, pequeña, bien es sabido que *Auros* era dorado; pero los sabios, magos y alquimistas nunca lograron dar explicación a su color. Seguramente, su pigmentación fuera obra de alguna brujería solo conocida por los erkans... —Lavera calló al ver el rojizo rostro de Tara, que retenía el aire furiosa porque la contradijesen en algo de lo que ella estaba segura—. Al caso. El dragón de Espada Negra, se asegura, es verde y dorado y reluce más que el sol. Dicen que seguramente se llame *Devastador* o *Cancerbero*.

—¡No sabéis nada! —volvió a enojarse Tara—. ¡Los mayores siempre creéis que lo sabéis todo! ¿Por qué se tiene que llamar *Devastador*?

—Anda, Tara, deja al señor Lavera seguir —al momento, me di cuenta de que, si como al principio habíamos afirmado, yo era el padre de la criatura, haría tiempo que le habría dejado el trasero al rojo vivo por la impertinencia. Por fortuna, esas inquietudes no pasaban por la cabeza de Mefrán Lavera, quien no parecía preocuparse especialmente por la relación entre la niña y yo.

—Sí, no te pongas así, pequeña, son solo rumores.

—¡Y no me llames pequeña!

—Tara, guarda las formas —me torné serio por un momento. Acatando la orden sin cuestionar, la niña volvió su cabeza hacia la pared en silencio, aún enojada—. Continúa, Lavera, ¿qué fue de la princesa nórdica?

—Sí, sí, ahí no acaba la cosa —volvió a animarse Lavera al retomar su historia—. El erkan viajó hacia los Prados de Turuán con la prin-

cesa. Por aquel entonces, los rumores de que le acompañaban un gigantesco guerrero de Üshu y un salvaje enano ya eran bastante sólidos. La siguiente aparición del erkan fue en el castillo real de Ûngper. Por lo visto, la princesa tampoco era tonta y se las ingenió para que la guardia le apresase. Se conoce que la princesa estaba prometida con el conde Jutep y que fue ella misma la que logró que Espada Negra entrase en sus dominios —fruncí el ceño al comprobar que al final la versión de Elora se había hecho oficial, cuando en realidad fui yo quien decidió ir a Ûngper—. Una lástima que el erkan no pasara por la ciudad de Hortilla. Con seguridad habría evitado la desgracia del pobre señor Belgarf... Continuemos. El conde Jutep condenó al erkan, pero este logró escapar de los calabozos y, tras dar una lección al conde y a la princesa, huyó sin que ellos pudieran impedirlo. Mucho se ha preguntado a los ciudadanos de Ûngper; allí parece que nadie habla. Lo único que pudieron sacar en limpio fue que el erkan estaba acompañado ahora de una elfa de tez morena. Hay muchos que aseguran que en realidad se trataba de una leónida, pero eso es más bien imposible; esas alimañas se te tiran al cuello antes de que hayas podido entablar conversación con ellas. Aunque el erkan igual sí que fue capaz. A lo mejor fue él quien se lanzó al cuello de la leónida y la obligó a ayudarlo...

—¿Ahora se supone que el erkan tiene la dentadura de un león?
—pregunté, pajarero⁽¹⁵⁾.

—Bueno, quién sabe... —admitió definitivamente su infinita estupidez Mefrán Lavera—. Puede que se pueda transformar en una bestia atroz... Este asunto verdaderamente me apasiona, le comentaré eso a mis amigos, igual están de acuerdo con mi teoría... —arqueé una ceja, sorprendiéndome de que Mefrán Lavera quedase con sus amigos en las tabernas exclusivamente para departir sobre Espada Negra—. La siguiente noticia de Espada Negra no fue tan clara. Sin embargo, lo que se ha podido sacar en limpio, y sin divagaciones, es que el erkan hizo volver del inframundo a la mitológica nave voladora *Apoteosis*, para abordar un dirigible pirata. ¿Os lo podéis creer? Abordó un dirigible pirata, ¡eso no lo hace nadie! Es como si una oveja esquilase a

⁽¹⁵⁾ Alegre.

su pastor, como si una estatua cincelase a un escultor. Y todo esto en el aire, a más de mil pies del suelo. Ya no quedan muchas naves voladoras en Vinorg, pero esos piratas tuvieron la mala fortuna de meterse con el *Apoteosis* y con Espada Negra.

—¿Pero no será ese *Apoteosis* un nuevo dirigible con el mismo nombre? Por muy erkan que sea ese Espada Negra, lo de resucitar un dirigible me parece imposible.

—Estáis en todo, don Árator. Había una nave mercante que también se llamaba *Apoteosis*. De hecho, dicen que su última parada en puerto fue en Aadrudo, y que no se ha vuelto a saber más del aerostato. Quizás aquellos que aseguraban que en verdad se trataba del legendario *Apoteosis* tuvieran razón... O simplemente son dos coincidencias.

—Lo más probable es que Espada Negra fuese en ese dirigible mercante y que finalmente la nave pirata le derribase.

—Sí, eso se planteó como una posibilidad. Pero ya han sido muchos los curiosos que han tratado de encontrar las astillas del *Apoteosis*, y nunca con éxito. Creedme cuando os digo que ese dirigible no cayó.

En ese momento fui yo quien verdaderamente se sorprendió. Cuando dejamos el *Apoteosis*, aún había más piratas que marineros en el aerostato, y el capitán Rolo Torrengo estaba agonizando, si no muerto ya. ¿Quizás fue *Nife* quien hizo ordenar la retirada a los piratas? Igual fueron ellos quienes difundieron esa historia. No todos los días se aborda un dirigible con un dragón incluido.

—El caso fue que los piratas fueron a abordarlo y les salió *Devastador* de la bodega —continuó Mefran apasionadamente, sin advertir la fría mirada que Tara le dedicó por un momento—. ¡Entonces, pobres de ellos! A cada bocado del dragón, cien piratas caían. Y el guerrero üshuniano y el enano también les daban leña a los piratas junto al erkan. Y cuando Espada Negra consideró que los piratas huirían, chasqueó los dedos y se evaporó junto a su dragón y sus amigos.

—Lavera, me temo que leéis demasiados libros —comenté mientras contemplaba las repletas estanterías de la habitación—, y que frecuentáis demasiado ese grupo de amigos vuestros con el que habláis del erkan.

—Vos nunca lo entenderíais, amigo mío. Vuestra mente no llegaría tan lejos, sin querer ofender. No como la mente de Espada Negra —comentó orgulloso—. Él es capaz de maquinarse sobre la marcha un

plan envidiado por el mejor estratega, él puede dejar en ridículo a cuantos sabios quiera, él...

—¡Es capaz de hacer arder a sus enemigos con solo mirarlos y de jñnar oro! ¡Y de los *meaos* de su *Devastador* nacen culebras que muerden el culo a los que a sus espaldas le difaman! —contraatacó Tara, que ya estaba harta de mirar a la pared. Mefrán la miró chafado, sin saber muy bien cómo reaccionar; yo le puse mi dedo índice en los labios.

—Ni una palabra desafortunada más, señorita. Ya hablaremos de ese piquito de oro —me miró por un momento, como si no se explicarse que yo no estuviese de su lado. Sin comprender por qué la reprendía si ella sabía que yo tenía el mismo parecer, volvió a resignarse mirando a la pared—. Discúlpela, Lavera; en el monasterio pasa varias horas con cierto enano que no hace más que blasfemar. Los monjes aún tratan de meterla en cintura.

—No os preocupéis, don Árator, imagino que os entregáis por completo a la ardua tarea de la educación de esta chiquilla. Pues supongo que la traeréis con vos para enseñarle modales en ciertos ambientes.

—Correcto, Lavera, se os da bien deducir.

—Sí, siempre me han dicho eso —sonrió de nuevo, volviendo a las historias—. Lo que aún no he logrado deducir fue qué hizo Espada Negra desde que dejó el *Apoteosis* hasta su siguiente aparición.

—¿En la aldea de Roquel?

—En efecto. Se cuenta que habían condenado a un reo, y que había multitud de invitados de recónditos lugares del condado, nobles en su mayoría. Entonces, cuando iban ya a darle muerte, apareció un hombre diciendo que el condenado era inocente. Aquel hombre, según cuentan, resultó ser un antiguo capitán de las legiones. ¿Os lo podéis creer, don Árator? ¡Un verdadero capitán de las Legiones Verdes! Para colmo, hubo una gran revuelta; las gentes comenzaron a sumarse al capitán. Ya estaba todo preparado, pues todos estaban armados. ¿Y quiénes estaban al frente de todo? El capitán, un enorme guerrero ũshuniano y un feroz enano. ¿Apreciáis la coincidencia, amigo mío? Si alguno de los allí presentes estuviera al tanto de los detalles de las noticias de Espada Negra, rápidamente habría imaginado quién se hallaba detrás de todo aquello. Total, que comenzaron a apalearse entre ellos y, a pesar de estar en desventaja, los aldeanos les dieron también buena zurra a los guardias.

—En esos momentos, ¿no estaba el hijo del señor Belgarf como corregidor? Tom Belgarf, Tronc Belgarf o algo así.

—Sí, Tork Belgarf fue quien debió sufrir ese ataque. De todos modos, las noticias nunca fueron muy claras, y pocos se atreven a ir a la aldea a preguntar. El caso fue que, cuando aún seguían luchando, un enorme zumbido les hizo detenerse. Y tras ese, otro zumbido. ¿Ya os lo imagináis? ¡Se trataba del batir de alas de un dragón! ¡De *Devastador*! Cuando el erkan aterrizó en el cadalso⁽¹⁶⁾ donde antes había estado el reo, el silencio se podía cortar. No se oía ni un alma, nada. Entonces, cuentan, se hizo la paz, sin necesidad de palabras. El erkan ordenó recoger a los heridos sin importar cuál fuera su bando.

—¿Y a través de quiénes os llegó esta historia?

—A través de los nobles, por supuesto; pues solo ellos han salido de esa aldea desde entonces. El resto se quedó allí a vivir. Incluso los guardias de otras aldeas que estaban presentes ese día se quedaron. Cuando los distinguidos señores regresaron a sus hogares, contaron lo sucedido. La noticia no tardó en volar a todos los rincones del reino: Espada Negra había tomado Roquel bajo su protección, y eso no era más que el comienzo. También fueron ellos los que dijeron que el erkan dejó a Tork Belgarf marchar en busca de aventuras sin resentimiento alguno. ¿Veis, don Árator? El erkan no quiere sangre, quiere justicia.

«Y le habría dejado marchar», pensé, «de no ser porque iría raudo al mismísimo rey a informar con todo lujo de detalles. Por eso tuve que hipnotizar a los nobles ese día para que contaran la versión que más me convenía. De momento, el rey Johan el Nigromante trata de desmentir los rumores que afirman que Espada Negra está en Roquel. No le conviene para nada que se sepa de seguro que el erkan existe realmente y que, además, ha subyugado una aldea de su reino sin que pudiera impedirlo. Como mucho, mandará espías para ver si los rumores son ciertos; pero en Roquel no entra nadie sin ser claramente identificado, estamos prevenidos de espías. El rey no actuará, al menos de momento, pero bastará que alguien, como Tork Belgarf, vaya a comunicarle la noticia oficialmente para que traiga el ejército».

⁽¹⁶⁾ Tablado que se levanta para la ejecución de la pena de muerte.

—Y hasta ahí, en muy resumidas cuentas, llegan todas las historias de Espada Negra. Ahora llevamos meses sin saber de él, pero por todo el reino se habla de que está en Roquel, preparando un ejército.

—Bueno, eso ya es divagar, amigo Lavera —le sonreí—. Según me habéis contado, el erkan no suele detenerse demasiado en el mismo lugar. Es un poco raro que lleve tantos meses en Roquel. ¿Nadie que haya ido a Roquel ha visto al dragón?

—Bien se encargan de esconderlo esos aldeanos. Hacen creer que es una aldea normal.

—Y quizás lo sea, pues imagino que tampoco habrán visto rastro de ese ejército. Y dudo mucho que los aldeanos también escondan cientos y cientos de hombres.

—Bueno, eso a fin de cuentas son rumores infundados. Mas en mi grupo de amigos sospechamos que el erkan prepara el ejército a distancia; vamos, que está en otro lugar.

—Mefrán Lavera, dejad de lado las conspiraciones; dudo que el erkan pierda el tiempo conspirando contra el rey. Gracias por ponernos al día con lo de Espada Negra. Lamento tener que cortar tan agradable charla —Tara volvió su cara de la pared, intuyendo con alegría que la visita daba a su fin. Yo continué exponiendo mi motivo con fluencia—. Pero se hace de noche, y hemos de regresar. Antes de irnos, por supuesto, el motivo de mi visita: la cuestión es que ando buscando ciertos... ingredientes. Sé que vos controláis gran parte del mercado de especias, entre otros, y rogaría que me ayudaseis a encontrar lo que os pido, pues es de difícil búsqueda.

—Cómo no, don Árator —el comerciante se irguió en toda su estatura y me tendió la mano—. Decidme esos ingredientes, y sean cuales sean los tendréis aquí mismo mañana por la mañana. Sin duda, ha sido una agradable conversación que me ha alegrado la tarde. Os rogaría que os alojaseis esta noche en mi humilde morada; mas cuento con invitados. Pero permitidme que os pague alojamiento. Giro os acompañará hasta la mejor posada de todo Kellville. De ese modo pasaréis una noche tranquila, y mañana por la mañana podréis recoger vuestros ingredientes y partir. Por supuesto, los gastos de los mejunjes también correrán de mi cuenta. No hay nada que me reconforte más que ver a un viejo amigo, y no permitiré que abandone Kellville con mal sabor de boca, al igual que hace cinco años.

3. Viejos sueños

La noche era cerrada, tan solo se oían los susurros de las copas de los árboles agitadas por el viento. Una lechuza blanca atravesó varios árboles como una fugaz sombra en busca de roedores y culebras. Los grillos, que parecían haberse silenciado al ver a la rapaz planear velozmente sobre ellos, comenzaron de nuevo a rozar sus élitros⁽¹⁷⁾ con un ruido agudo y monótono. No muy lejos de donde la lechuza buscaba comida con avidez, había un claro en medio de aquel bosque. Quien mirara un poco más allá de aquel claro a la luz del día, podría ver el final del bosque y el inicio de unas verdes praderas frecuentadas por los pastores y sus reses. Sin embargo, no era en aquellas praderas, ahora alumbradas por la luna, donde se desarrollaba la acción aquella noche.

De entre los matorrales que crecían a los pies de los árboles, una figura envuelta en una rica capa puso sus pies en el claro. La figura se detuvo mirando hacia el centro. Allí, construida modestamente y casi pasando desapercibida, había una pequeña cabaña de piedra, a todas luces deshabitada. La casita era de piedra lisa, hecha con grandes bloques abombados y coronada por un tejado de paja. La chimenea de piedra, que emergía como una pequeña torre de entre las pajas, estaba apagada, y parecía que había permanecido así desde hacía mucho tiempo.

La figura emprendió de nuevo su lenta marcha en dirección a la casa, siendo alumbrada por completo por la luna llena. Se trataba de una mujer de rizados y brunos⁽¹⁸⁾ cabellos cuidadosamente recogidos por una redecilla morada. Del mismo color que la redecilla era el resto de su atuendo y su capa. Su corsé jugaba con el negro y el morado,

⁽¹⁷⁾ Alas de algunos insectos.

⁽¹⁸⁾ Negros.

y tenía numerosos adornos plateados; su falda, morada por completo y tan solo adornada por dos grandes esferas plateadas, prendidas al inicio de la misma, ondeaba acompasadamente con la firme marcha de la mujer, dejando ver a cada paso unas fuertes botas de viaje de cuero negro engarzadas con tiras de tela púrpura. Por último, la enorme capa morada en la que estaba envuelta tenía grandes cuellos y multitud de pequeños adornos dorados, dispuestos de formas caprichosas. Cualquiera que viera aquella capa la reconocería al instante como una capa de hechicero.

Cuando la mujer llegó a la puerta, vaciló un instante antes de posar con delicadeza la palma de su mano sobre la húmeda madera. Seguramente, la reblandecida puerta se hundiría si apoyase todo su peso. Tras vacilar de nuevo, llevó la otra mano al picaporte y empujó. La puerta cedió con suavidad, abriéndose lentamente, sin hacer el menor chirrido. Con confianza, la mujer se aventuró en su interior, cerrando la puerta tras de sí. Antes de que pudiera cerrarla del todo, una lechuza blanca penetró en el interior. El ave se posó no muy lejos, en la oscuridad, en algo que parecía ser un armario. A la hechicera no pareció importarle y terminó de cerrar la puerta, sumiéndose por completo en la penumbra. Dio un sordo paso hacia el interior de la casa, vigilada atentamente por los dos ojos amarillos de la lechuza. La casa era fría y húmeda y la pesada respiración de la hechicera se veía reflejada en una pequeña nube de vaho que se evaporaba al instante.

Se detuvo en lo que consideró el centro de la estancia y dio una palmada. El sonido se proyectó por toda la sala por un segundo, antes de dejarla de nuevo sumida en el más absoluto silencio. Ella esperó algo un instante. Al no verse complacida, susurró unas palabras en otra lengua, la lengua de la magia.

Como si hubiera tocado el resorte de un mecanismo, todas las ventanas de la casa se abrieron solas de par en par, y al menos un centenar de velas se prendieron al unísono. Por primera vez, los labios de la hechicera dibujaron lo que parecía una sonrisa. Su rostro era realmente hermoso, resultado de multitud de hechizos, ungüentos y pó-cimas. Tenía la piel suave y tersa, con los pómulos ligeramente sonrojados por el frío; la nariz era pequeña y respingona; los labios finos y perfectamente pintados con una tintura de labios roja; por último, bajo unas finas cejas negras de cuidada forma, se encontraban dos luceros

plateados. Plateados porque, aunque fuera difícil de creer, los ojos de aquella mujer eran increíblemente del color de la plata.

Con aquellas dos almendras presididas por un iris argento, la hechicera recorrió la sala a la luz de las velas. Gruesos y polvorientos tomos llenaban las estanterías, y los que no cabían en ellas se amontonaban sobre el resto del mobiliario. Según estimó la mujer, debían valer una fortuna. No era difícil imaginar que en aquella casa había vivido un brujo, como no podía ser de otro modo, gracias a distintos elementos dispuestos para dar ambiente: un cocodrilo disecado, un pez globo que pendía del techo, un viejo y polvoriento esqueleto y una gran variedad de frascos de alcohol que contenían, como comprobó la hechicera, porquerías y monstruosidades inimaginables: sapos, arañas, culebras, anfibios, moluscos e incontables partes del cuerpo humano. Los ojos de plata se detuvieron curiosos en un gran frasco, quizás el mayor de todos, en el que se veía un falo de proporciones nunca vistas. En la etiqueta del frasco se podía leer con letras grandes «*GI-GANTE DE MONTAÑA*». Sin disimular una sonrisa maliciosa, la mujer apartó los ojos del frasco para dirigirse a lo que parecía haber sido en algún momento un escritorio. Sobre la mesa de madera aún quedaba en pie, llena de polvo y desordenada por completo, una gran colección de calaveras de gnomos de bosque, cacharros de hierro y una pequeña jaula vacía de oxidado hierro, que posiblemente habría contenido a alguno de los gnomos cuyos cráneos estaban expuestos.

Al avanzar hacia el escritorio, oyó un chasquido bajo una de sus botas. Levantó con cuidado el pie y se fijó por primera vez en el suelo, plagado de multitud de objetos que alguna vez debieron estar perfectamente ordenados en las estanterías y cajones. Del objeto que había pisado no quedaban más que astillas, consecuencia de la podrida madera de la que estaba fabricado. No le dio más importancia, y avanzó hacia el escritorio y se sentó en la silla correspondiente. Enseguida se arrepintió, cuando esta crujió fuertemente, a punto de quebrarse. Procurando no moverse demasiado para no romper la silla, abrió con cuidado uno de los dos cajones que había a sus pies. Se quedó con el asa de hierro en la mano cuando fue a tirar del primero con suavidad y, tras mirar por un segundo el asa, la arrojó por encima de su hombro mientras alargaba la mano para probar suerte con el segundo cajón. Este se abrió sin problemas. Las comisuras de sus labios por fin formaron una

sonrisa abierta, mientras extraía con cuidado el objeto que había hallado en el interior del cajón. Sostuvo la varita de madera por un momento, contemplándola con cautela. Al momento, la sonrisa se evaporó de su cara por completo al reconocer el objeto.

—Una varita casera —maldijo en un susurro, mientras la arrojaba al suelo.

La lechuza, que no se había movido hasta entonces, siguió con intriga la trayectoria de la varita, preguntándose si sería comestible. La hechicera se levantó, visiblemente enfadada, y una de las patas de la silla terminó por partirse. Haciendo caso omiso de la silla que se desplomaba tras ella, se encaminó hacia la estantería más próxima y se puso a rebuscar entre los frascos con cuidado.

La lechuza la contemplaba con interés. De pronto, giró brusca-mente su cuello hacia un rincón de la casa y batió las alas, insegura. Se mantuvo quieta mirando fijamente a ese punto, desconfiada. Al momento, como si hubiera notado algo, se tiró del armario rápidamente y desapareció por una de las ventanas, pasando por encima de la cabeza de la hechicera, quien la ignoró por completo.

Agachada, casi tumbada sobre el suelo, alargó la mano para tantear el fondo del estante inferior. Sin hacer caso del cosquilleo que recorrió su mano y más adelante su brazo, tanteó los rincones del estante; mas solo encontró algo viscoso que prefirió no sacar a la luz. Al retirar su mano, se encontró con una docena de arañas de considerable tamaño recorriendo nerviosamente su brazo. Aquellas arañas marrones no solo eran grandes y peludas, sino que tenían unas patas largas y fuertes que movían rápidamente, dando la sensación de que en cualquier momento iban a detenerse para que cada arácnido pudiese morder el brazo sobre el que se movía. Sin siquiera dedicarles un gesto de asco, la hechicera se limitó a contemplar cómo caían inertes en el suelo tras murmurar un sencillo hechizo. Al dirigirse a la siguiente estantería, pasó por encima de los cadáveres de las arañas, que cruji-eron bajo sus botas como si se tratase de cáscaras de cacahuets.

Se encontraba rebuscando en el segundo estante cuando lo oyó.

—*Vamos... , vamos...*

No se giró. Tampoco dejó de rebuscar. Nadie que la viera desde fuera podría imaginar que había oído algo. Con naturalidad, pasó al tercer estante; pero, esta vez, una de sus manos se introdujo disimuladamente

entre los pliegues de su capa. De nuevo, volvió a escuchar la voz, que volvía a apremiarla. Esta vez prestó más atención al susurro. Se trataba de una voz femenina que sonaba lejana, como si alguien hablara desde otra sala en la que hubiera eco. Pasó al cuarto estante con tranquilidad.

—*Vamos... ya casi lo tienes.*

La voz se oía más alta que antes. Más próxima. Su rostro no la traicionó, y siguió buscando como si nada ocurriera. Al fin, los dedos de la mano que rebuscaba entre su capa se cerraron en torno a un alargado objeto. Disimuló su alegría al sentir el pulido tacto de su varita en la palma de su mano. Tan solo necesitaba oír esa voz otra vez para determinar de dónde provenía, y entonces se giraría como un rayo, varita en mano, y lanzaría una centella hacia el lugar. No tenía la menor idea sobre de qué podía tratarse, pero tampoco le iba a dejar la menor oportunidad de atacarla. Confiada, no dejaba de rebuscar, ya sin prestar atención al estante, sabiendo que ella rara vez erraba una descarga.

—*Esa no es la varita que buscas...*

Esta vez se quedó parada por un instante antes de continuar apartando libros y tarros de cristal. Fuera quien fuese, había visto sus intenciones. ¿Qué podía hacer ahora? La nueva frase de la voz la había dejado tan perpleja que no se había fijado de dónde provenía. Finalmente, se decidió. Dejó de mover objetos con serenidad y se dio la vuelta con lentitud. Tras ella no había más que el escritorio y el acentuado desorden del principio.

—¿Y quién te dice que esta no es la varita que busco? —preguntó en voz alta mientras extraía su varita de sauce, amenazante.

Como esperaba, no obtuvo respuesta. Se giró lentamente escrutando cada rincón de la estancia. Todo seguía en su sitio; incluso la puerta parecía no haber sido abierta. Se fijó rápidamente en los alféizares de las ventanas abiertas. Ni barro, ni tierra, ni nada que delatase una pisada. Pegó su espalda contra los anaqueles de la estantería, comprobando que estaba sudando en el momento en el que la tela de su corsé tocó su húmedo y frío dorso.

—*¿Ya no vas a seguir buscando?*

Esta vez, por más que se esforzó, no logró situar el origen de la voz. Al momento, como una tea que se enciende de pronto, comprendió el motivo.

—Telepatía... —murmuró, ya más tranquila tras haber encontrado respuesta a una de sus preguntas. Respiró hondo y se dirigió de nuevo hacia la dueña de la voz—. ¿Estás en esta sala?

Esta vez, la voz le respondió al instante.

—Sí y no... *eso depende del punto de vista.*

—Habla claro —soltó de nuevo en voz alta la mujer—. ¿Qué eres?

—¿Qué? *Supongo que aún estoy acostumbrada a que esa pregunta se formule con un «quién».*

La mujer guardó silencio, esperando a que la voz continuase. Esta, aparentemente consciente de que la hechicera no hablaría ni se movería hasta que prosiguiera, habló de nuevo.

—*Las intrusas como tú deberían mostrar más respeto...*

—¿Intrusas? —habló ya más confiada la hechicera—. ¿He de suponer que tú no lo eres? Y además de intrusa, cobarde. Muéstrate.

—*Has venido a buscar la varita, ¿verdad? No eres la primera que lo intenta.*

—¿Acaso tú lo has conseguido? —preguntó la mujer, desafiante.

—*Claro que sí. Yo sé perfectamente dónde está mi varita...*

—¿Tu varita? —se jactó la hechicera, que no dejaba de apuntar hacia la nada con su propia varita, tratando de localizar a su interlocutora—. Eres bastante arrogante. Que no te pueda ver no significa que me vayas a asustar tan fácilmente. No serás más que una cría de segundo de hechicería que se dedica a perder el tiempo creyendo viejas historias. ¿Sabes quién soy yo?

—*Claro que sé quién eres tú, querida. Ni más ni menos que Dhú Coverte, vicerrectora de la Escuela de Hechicería de Migdala. La pregunta es, ¿sabes tú quién soy yo?*

«Me conoce», pensó Dhú aliviada, «eso quiere decir que sí que es una alumna. Por un momento pensé que me tocaría batirme en duelo contra alguien. Menuda suerte he tenido. Ahora ya tengo coartada. Diré que vine a esta casa porque sabía que otra alumna se había adentrado en su interior».

—No. Y espero saberlo pronto, con nombre y apellido, señorita —en la mano de Dhú se materializó al instante un gran pergamino lleno de nombres de adeptas de la escuela—. ¿No sabes de quién fue esta casa? Ya son trece las alumnas que hemos encontrado en el bosque... todas han perdido la cordura, todo por jugar a meterse aquí. Y dudo

que algún día encontremos solución para su mal. Me parece que no sabes aún lo que significa escaparse de la escuela, entrar en esta casa... y encararse con una profesora. Sal de donde estés antes de que te saque de las trenzas y te lleve así hasta la escuela.

—Querida Dhú, me parece que andas un tanto desencaminada. Tanto hechizo estético no ha de ser bueno. Deberías mirar si tienen efectos secundarios en el cerebro. Lo más probable es que todo el tamaño de más que te has puesto en los senos esté formado por células que te eran necesarias... probablemente neuronas.

—¿Cómo te atreves? —chilló Dhú llevándose una mano al pecho.

—No, ¿cómo te atreves tú a entrar con tanta arrogancia en casa ajena?

—Haré que te expulsen por todo esto, jovencita —dijo más calmada. Después de todo, no tenía sentido discutir con una niña inconsciente. Haría uso de su autoridad para asustarla, conseguiría esa varita e irían ambas de vuelta a la escuela. Luego, no habría más que conseguir el silencio de la adepta en cuanto al asunto de la varita. Cosa fácil; seguro que la alumna haría cualquier cosa con tal de que ella no informara al resto de profesores de su escapada—. No sabes con quién te la estás jugando. Ahora, ¿dónde está esa varita? Será peor para ti si no me lo dices.

—Por supuesto que te lo voy a decir. Está en una caja alargada de ébano... junto a mi cadáver.

Dhú enmudeció de pronto. Obviamente, se trataba de una broma; las adeptas eran más arrogantes cada año y gustaban de perder el respeto en no pocas ocasiones hacia sus profesores. A esas alumnas se las castigaba con severidad, de tal manera que quedaran apaciguadas para el resto de los años que pasaran en la escuela. Pero esta vez era distinto. No sabía por qué, pero había notado la verdad en aquellas palabras.

«¿Puede ser que...?», pensó para sí. «No, eso es imposible, un alma ha de ser llamada por un taumaturgo⁽¹⁹⁾ para acudir a nuestro mundo. Pero, aquí hay muchas sustancias extrañas... ¿Y si...? No, no, no...».

(19) Mago que invoca seres.

—Sí, sí, sí —le sorprendió la voz—. *Mucho me temo que por muy aventajadas que sean tus alumnas de segundo y puedan incluso usar la telepatía, ninguna puede leer pensamientos... Dhú Coverté, has entrado en mi casa, en la casa de Úrsula, la bruja. Ahora, antes de salir de aquí, deberás pasar por lo que pasaron tus trece alumnas antes de enloquecer...*

—¡Nunca!

Antes de que pudiera maniobrar de alguna manera, una extraña fuerza hizo que su varita saliera despedida por los aires. Trató de correr, pero notó cómo algo se introducía en su cabeza. Se llevó las manos a la frente. Todo empezaba a darle vueltas y más vueltas. Lentamente, cayó de rodillas. Los párpados pesaban, pesaban mucho. El inmobiliario de la casa parecía susurrar, el contenido de todos los frascos parecía cobrar vida y mirarla fijamente, el techo de madera pareció empezar a arder. Los párpados pesaban. Notó su cuerpo caer a lo largo sobre el suelo. Creyó ver cómo todos los objetos que antes había tirados por el suelo huían de ella, dejándola espacio. Todo comenzaba a girar. Parecía que había un tornado en el interior de la casa. Entonces, empezó a ver un rostro, un rostro de un muchacho que no había visto nunca. Era de pelo castaño y liso, con la nariz pequeña y recta y labios tersos... un joven de lo más normal. Entonces se fijó en sus ojos. Eran verde esmeralda, presididos por negras pupilas alargadas verticalmente, todo ello sobre un dorado claro que antes fue el blanco de sus ojos. Los párpados pesaban mucho. Demasiado. Los cerró, no aguantaba más. Pero seguía viendo a aquel muchacho y a sus extraños ojos.



Se hallaba en una lujosa habitación en la que había una enorme cama de matrimonio. Por un momento, pensó que se trataba de la escuela de hechicería, que todo había sido una pesadilla y que se encontraba en su habitación. Pero no; aquella no era su habitación. Miró atentamente a su alrededor. Aquello parecía más bien un palacio. Dio una vuelta por la sala, rozando distraída con los dedos todo el mobiliario que pasaba a su lado: un mullido sofá, una butaca bañada en oro, una mesilla de noche de una madera oscura y suave... Paró de pronto y se miró la mano con atención. ¿De dónde había salido ese anillo? No lo había

visto nunca, desde luego; era un anillo con un águila imperial verde, el que fue símbolo de las Legiones Verdes hacía años. Entonces se fijó mejor. Sus manos... había algo raro en ellas. Nerviosa, buscó con la mirada un espejo. Encontró uno enorme, de marco dorado, que iba casi desde el suelo hasta el techo, y se acercó rauda a él. Cuando se vio reflejada notó cómo se quedaba sin respiración.

La mujer que le devolvía la mirada tenía también el pelo fuliginoso⁽²⁰⁾ y rizado como ella... pero no era Dhú Coverte. La que tenía ante sus ojos era una bellísima mujer de pelo negro como los cuervos, que caía rizado hasta sus caderas. Lucía un ajustado vestido de cuero, rígido, de color grisáceo, que jugaba con tonos más claros y más oscuros. Por toda la prenda había multitud de cintas negras, unidas por trozos de huesos, posiblemente humanos. El vestido contaba con unos grandes e intimidadores cuellos, que bajaban sin unirse hasta bien entrado el pecho, dejando al descubierto más de la mitad de sus senos. Dhú la contempló en silencio. Movi6 una pierna y su reflejo la imitó fielmente. Se llevó las manos a la cara... Ella siempre se había considerado una mujer muy bella y deseable por cualquier hombre; pero la que ahora le devolvía la mirada podía perfectamente hacerle competencia. Se fijó en el acusado escote. En seguida echó en falta sus grandes senos; sin embargo, aunque más pequeños, aquel vestido realzaba por completo la silueta de la mujer. Quizás podía ser el centro de todas las miradas en el próximo baile de la escuela si acudía con un vestido como ese. Por lo que parecía, si un buen vestido realizaba cualquier talla, seguro que haría maravillas con las suyas.

«Pero qué hago», se dijo a sí misma, «no sé ni dónde estoy y me dedico a pensar en bailes y en las tetas de... esa».

Se tocó la melena y descubrió con rabia que su nuevo pelo era algo más sedoso que el suyo habitual. Se quiso dar la vuelta para comprobar qué había bajo la espalda de esa mujer. Al moverse, descubrió algo negro en la parte interior de su muñeca. Se miró rápidamente la parte interior del brazo. Allí había un pequeño tatuaje negro consistente en un ojo orlado de gotas. Lo acarició con cuidado por un momento y

⁽²⁰⁾ Ennegrecido.

volvió a mirar fijamente al espejo. Lentamente, fue acercando su cara a la de su reflejo y alargó una mano para rozar con las yemas de los dedos el frío cristal.

—¿Quién soy? —se preguntó a sí misma, mirando el retrato.

—Úrsula —aunque había sido ella misma la que se había respondido, tenía la sensación de que la mujer del espejo era la que hablaba por sí sola. Sus labios volvieron a articular nuevas palabras para dar vida al reflejo—. Bienvenida al mundo de los sueños.

No pudo reaccionar.

De pronto, se encontraba en una escuela de magia. Lo adivinó rápidamente al ver dianas de paja y metal, y multitud de muchachas ataviadas con túnicas verdes. Volvió a mirar toda la sala, sorprendida. Entonces descubrió por qué le resultaba tan familiar aquella escuela. Era la suya.

Se encontraba en la sala de entrenamiento. Pero todo era diferente: la disposición de todos los objetos de la sala había cambiado y ella... ella era una alumna. Estaba enfrente de una diana, al igual que todas sus compañeras. Automáticamente, como si su subconsciente la obligara a obedecer, lanzó una llamarada a la diana. Desgraciadamente, el proyectil se desvió y acertó en la diana de su compañera.

—Señorita Úrsula —tronó una voz tras ella—. Mal, muy mal.

Al girarse, descubrió a una gorda mujer ataviada con una túnica morada de profesor. Por lo visto, o por aquellos tiempos no existían hechizos para eliminar el vello del labio superior, o esa profesora no sabía usarlos.

—Estoy harta de tu incompetencia —le gritó de nuevo. Sus compañeras cesaron toda actividad y la miraron en silencio, asustadas—. ¿No sabes aún cómo lanzar una bola de fuego sin salirte de tu diana?

—Pero yo, señora profesora... —las palabras surgían de su boca involuntariamente, como si lo que iba a decir ya estuviera escrito.

—¡Déjate de excusas! —vociferó de nuevo la profesora. A Dhú le dieron ganas de bajarle los humos con una reducción de sueldo. ¿Pero qué se había creído esa gorda? En su escuela no trataban tan mal a las adeptas—. Vas a ir ahora mismo a la sala del sueño.

—¡No, por favor, señora profesora! —notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas al decir eso último—. ¡A la sala del sueño otra vez no! ¡Moriré!

Dhú no sabía para nada qué era la sala del sueño, pero no le gustaba nada la idea. A la hechicera, sin embargo, sí que parecía gustarle.

—Sí, sí, ¡a la sala del sueño! —la profesora alzó su varita, y Dhú notó cómo quedaba inmóvil por completo y suspendida en el aire—. Ahora mismo abriré un portal.

«¿Un portal?», se sorprendió Dhú mientras intentaba zafarse sin éxito. ¿Pero esa foca estaba loca? Los portales eran un asunto serio; era una magia que no estaba perfeccionada del todo y podía salir mal. No eran pocos los hechiceros que aparecían en mitad del mar, que emergían del portal sin algunas partes de su cuerpo, que se quedaban en otras dimensiones o que, simplemente, no aparecían. Los portales solo podían ser utilizados por hechiceros adultos que tuvieran grandes nociones de teletransporte, y aun así era algo imprudente. Obligar a una adepta a usar un portal era muy arriesgado.

Tras un largo sortilegio que duró un par de minutos, un extraño óvalo negro surcado por pequeños rayos azules parecía estar dispuesto a engullirla. Se intentó revolver de nuevo, pero era imposible; la magia de la profesora era mucho más potente que la suya. Se miró impotente en el reflejo del negro portal. Una asustada muchacha de unos doce años y alborotado cabello rizado le devolvió la mirada. «Desde luego», pensó Dhú, «Úrsula era bastante feúcha de niña». Volvió a su situación y trató de hacer algo completamente en vano. Como si no pesara nada, la profesora le puso la mano en la espalda y la empujó flotando hacia el agujero.

El portal la engulló.

Tras una fuerte sacudida, todo se tornó negro, y se encontró tendida en una cama. Al principio pensó que se trataba de la sala de los sueños; pero rápidamente reconoció el lugar. Era la enfermería de la escuela, bastante cambiada, por supuesto. Reconoció de inmediato a la hechicera que la miraba. Iba a llamarla por su nombre, cuando se percató de que no era quien ella creía. Al parecer, cuando la enfermera de su escuela, a la que ella conocía, aseguraba que su familia había trabajado en aquella enfermería desde generaciones, no mentía. La joven que la atendía era el vivo retrato de la enfermera actual de la escuela. Se preguntó por qué estaba en la enfermería. Rápidamente encontró el porqué. Donde deberían estar el dedo anular y corazón de su mano izquierda, no había más que vendas. Por lo visto, el portal se los había comido por

el camino. Además de la enfermera, se encontraban otras profesoras junto a ella. Entre ellas, la que le obligó a meterse en el portal.

—¿Cuánto llevo dormida? —preguntó automáticamente. Como antes, las palabras surgían de sus labios sin control.

—Dos semanas —respondió secamente una de ellas, a la que reconoció como rectora en cuanto vio su insignia bordada en su túnica—. Ya nos han contado tu irresponsabilidad en la sala de entrenamiento.

—¿Mi irresponsabilidad? —bramó Dhú desde la cama.

—Sí. No te hagas la tonta. Ya nos han informado de que abriste un portal en mitad de la clase de proyectiles mágicos y huiste desde ahí. Tus compañeras han confirmado todo.

—¡Eso no es verdad! —intentó levantarse Dhú, pero por algún motivo, varias zonas de su cuerpo estaban dormidas. Con rabia, señaló pesadamente a la profesora que la había obligado a entrar en el portal—. ¡Fue ella la que me metió! ¡Yo no sé abrir portales!

—No vamos a entrar en detalles de cómo lo lograste. El caso es que lo hiciste, quebrando una de las más importantes normas de esta escuela. Sintiéndolo mucho, Úrsula, me temo que es imposible que continúes tus estudios de hechicería en esta escuela.

—¡No! ¡Por favor! Ser hechicera es mi sueño, ¡tenéis que creerme, yo no fui!

Por la mente de Dhú desfilaron cientos de palabras en el lenguaje arcano que llevarían a aquella foca bigotuda a una muerte lenta y dolorosa. Lo tenía decidido: en cuanto lograra volver a la escuela, seguiría de cerca el comportamiento de todas las profesoras subordinadas como vicerrectora que era. Y ay de la que le recordara a aquella...

La profesora que la había metido en todo aquello abrió sus gruesos y desagradables labios:

—Pagarás por tu irresponsabilidad.



«Irresponsabilidad. Irresponsabilidad. Irresponsabilidad. Irresponsabilidad...».

Aquella última palabra resonó en su cabeza por un momento. Cuando el sonido se extinguió por completo, comprobó que la situación

había cambiado. Se encontraba en el campo, cerca de un gran lago. Sin esperar ni un segundo, se miró en el reflejo de sus cristalinas aguas. Una hermosa joven de arrebatadora mirada y sensual cabello rizado la miraba sorprendida. Estimó que en ese momento Úrsula tendría unos veintitantos. Reconoció rápidamente las prietas vestiduras en las que estaba embutida como un uniforme de bruja. Al momento, como si fuese un recuerdo propio, comprendió que, tras ser expulsada de la escuela de hechicería, Úrsula había viajado hasta Las Cumbres para iniciarse como bruja. Por su vestidura, adivinó que ya era oficialmente una bruja. Instintivamente, se llevó la mano a la cintura. Descubrió una fina y afilada espada de brujo con una preciosa empuñadura trabajada en metal. Mientras tocaba la espada, comprobó que volvía a tener todos los dedos de la mano izquierda. Cuando medicina y magia se juntaban, hacían verdaderos milagros.

Sumida en esos pensamientos, un fuerte zumbido la trajo de nuevo a aquel campo. Tras ese zumbido, otro más fuerte. Aunque al principio se sorprendió, por un momento algo en su interior la tranquilizó, como si aquella Úrsula en la que estaba atrapada conociera perfectamente aquel zumbido.

Aunque a Dhú se le hubiera salido el corazón del pecho al ver el dragón, el corazón de Úrsula latía con normalidad. El majestuoso reptil rojo descendió de los cielos y aterrizó elegantemente en la otra orilla del lago. El corazón de Úrsula, como notó perfectamente Dhú, tan solo se aceleró cuando un jinete descendió del lomo del dragón. Se trataba de un hombre grande y muy fuerte, vestido con cuero y pieles. Tenía los cabellos un tanto mugrientos y una larga barba negra bastante descuidada. Aunque el bárbaro hiciera honor a su nombre y pudiera encajar perfectamente con apelativos como «guarro», «desaseado», «bruto» o «mugriento», había algo en aquel hombre que tenía un pequeño efecto seductor sobre Dhú. Ya no era el hecho de que hubiera descendido ni más ni menos a lomos de un dragón con aire de grandeza, ni su exótico aspecto; quizás se trataba de la influencia de estar en el cuerpo de Úrsula.

El hombre se despojó de sus pieles, quedando vestido tan solo con un calzón de piel de cabra. Dhú notó cómo todo el vello se le erizaba al ver el enorme y voluminoso torso desnudo del hombre. El bárbaro la miró por un momento y se zambulló en el agua. Cuando emergió, bastante lejos de donde se había sumergido con elegancia, Dhú

constató que nadaba hacia ella. Por un momento se sintió ruborizada, a pesar de que el cuerpo de Úrsula no se ruborizó en absoluto, lo que la extrañó bastante. Ella rara vez se ruborizaba con un hombre, y eso que seleccionaba algunos mucho más apuestos y pulcros que ese que se dirigía hacia ella. Mientras el bárbaro terminaba de cruzar a nado el trecho que le faltaba, se preguntó si aquel hombre la seducía realmente o tan solo se trataba del hecho de que se sentía insegura sin su despampanante cuerpo, al que estaba acostumbrada.

Para su asombro, cuando el hombre salió empapado a la orilla, ni siquiera se fijó en su cuerpo. Tan solo la miraba fijamente a los ojos. Inconscientemente, se dio cuenta de que ella le mostraba los dientes picaronamente. El hombre era mucho más grande visto de cerca; a cada paso que daba, mayor parecía. Los brazos de Dhú se pusieron en jarras, a pesar de que ella estaba bastante desconcertada. Tenía el hombre delante, a escasos centímetros, y cada vez se acercaba a ella más lentamente, sosteniendo su mirada. Por un momento, Dhú deseó que esos enormes brazos la rodeasen, para sentirse totalmente arropada por aquel bárbaro. Notó sus grandes y ásperas manos agarrar su cadera al descubierto.

«Como todos», pensó la hechicera, «ya va al pan».

Para su sorpresa, las manos del bárbaro, lejos de seguir bajando hacia zonas más íntimas, se cernieron en torno a las suyas.

«¿Pero este qué hace? Parecía que venía aquí a hacerme el amor salvajemente y me agarra de las manos como un enamorado atolondrado. Bueno, al fin y al cabo, Úrsula parece estar en la edad en la que aún gustan estas cosas... por la que todas pasamos y ya no volvemos. ¿Se sigue acercando a mí? Va a besarme. Bueno, esto es más común que el aire fresco de la mañana».



Al aparecer en aquella tienda por un momento, maldijo el haber desaparecido tan rápido. Cuando los gruesos labios del bárbaro rozaron los suyos, por un instante había deseado con toda su alma continuar allí. Ahora eso daba igual. Total, qué más daba. Ella podía optar a hombres mucho más apuestos que ese tan solo con salir a la calle.

Prestó atención al lugar en donde se hallaba. Era una amplia tienda de piel, y no estaba sola. Junto a ella se encontraban dos personas. La primera era un elfo bello y muy alto, pelo corto y castaño y mirada penetrante. Vestía ricas ropas azuladas y de sus hombros asomaba la gran empuñadura de una espada. La otra era alguien conocido para Dhú: ni más ni menos que el bárbaro de antes, pero bastante cambiado. Su desordenado y mugriento pelo ahora estaba recogido en una limpia y gruesa coleta, su larga barba negra ahora estaba recortada con cuidado y apenas sobresalía un par de centímetros. Por fin, pudo ver el rostro del hombre a la perfección. El cambio había sido definitivamente a mejor. Por fortuna, el cuerpo de Úrsula no traicionó sus pensamientos con gestos nerviosos. Por último, el hombre lucía una armadura dorada que protegía todo su cuerpo. Fue entonces cuando le reconoció como el mítico erkan Ajast el Bárbaro, perteneciente a los Nueve.

Sin palabras tras su descubrimiento, recorrió la pequeña tienda en busca de un espejo. Esta vez no hubo suerte. Bajo la interrogante mirada del que debía ser a todas luces Ihanden de Flême, líder de los erkans, salió al exterior.

Se encontraba en un poblado en mitad de un bosque, cuyas moradas consistían en tiendas de campaña elaboradas con pieles y telas. Sobre ella, en los grandes árboles del bosque, se extendían un millar de cabañas de madera construidas sobre sus ramas. Ágiles como animales, esbeltos seres se movían entre los árboles a gran velocidad por medio de lianas. En el suelo, multitud de bellas elfas morenas la ignoraban según pasaba por su lado.

—Leónidas... —las reconoció con pavor.

Miró en derredor en busca de algún peligro, de algún felino de grandes colmillos que la estuviera acechando para matarla en el acto. Por fortuna, las pocas leónidas que estaban en tierra ni siquiera la miraban, como acostumbradas a ella. Dhú se alegró de que ninguna se pasease en su forma felina, pues le sería casi imposible mantener la calma. De todas las criaturas que poblaban el reino de Vinorg, las leónidas eran de las más temidas: frágiles e inofensivas jóvenes capaces de transformarse en grandes felinos en un segundo. Como sirenas terrestres, atraían con sus bellos cánticos a los hombres que se adentraban en sus dominios, seduciéndolos para luego cazarlos. A las mujeres, como ella, no les cantaban primero: las cazaban directamente.

Al fin, encontró en un charco una superficie en la cual poder verse reflejada. Ahora Úrsula era toda una mujer de grandes y profundos ojos negros, que lucía una armadura ligera que la envolvía casi por completo. Inmediatamente, Dhú reconoció su indumentaria como la de una bruja de batalla, el mayor rango al que podían llegar los brujos.

Notó una mano sobre su hombro. Al darse la vuelta se encontró con los negros ojos de Ajast, penetrándola.

—Úrsula, ¿algo va mal?



Esta vez se encontraba en una batalla. Notaba el peso de su nueva armadura. Corrió lo más rápido que pudo y se lanzó hacia delante. Tras volar unos metros, aterrizó bocabajo en el suelo, al mismo tiempo que algo estallaba con fuerza tras ella. Con un pitido en los oídos, se levantó. Notaba un hilillo de sangre que caía desde su frente. Sin darle importancia, buscó con la mirada su báculo. Encontró el alargado palo con remaches metálicos, acabado en una afilada punta dorada que relucía con un púrpura brillante, medio enterrado por la tierra que había llovido hacía unos segundos.

Se lanzó de nuevo al suelo, y mientras rodaba lo atrapó entre sus brazos. Con una rodilla hincada, apuntó a los numerosos enemigos. Uno a uno, iban cayendo a medida que les alcanzaban los rápidos relámpagos que ella lanzaba. El báculo era una maravilla, nunca había visto un arma tan rápida.

Resoplando, dio un rápido vistazo a su alrededor. Humo, sangre, gritos, muerte. Aun con todo, logró ver que varios elfos ataviados de verde luchaban con elegantes sables en torno a ella. Rápidamente, les reconoció como la infantería de las legendarias Legiones Verdes. Miró hacia sí. Ella misma iba vestida con una armadura verde, llena de rayones y quemaduras. El despiste le salió caro. Apenas tuvo tiempo de parar con su báculo, asíéndolo con ambas manos, el mandoble de un bárbaro que se le había acercado de sopetón. Lejos de lo que ella esperaba, en lugar de caer al suelo por la fuerza de aquel hombre, el báculo soltó un destello y amortiguó el golpe por completo, sin partirse. Reaccionando rápido, se impulsó hacia arriba con la pierna que no

tenía hincada en el suelo, al tiempo que impulsaba al bárbaro hacia atrás con todas sus fuerzas. A pesar de que no logró derribar al hombre, automáticamente sus manos hicieron girar el largo báculo tras su espalda, dándole inercia, para terminar segando el cuello del bárbaro limpiamente.

La cabeza cayó primero y, en un par de segundos que parecieron eternos, el resto del cuerpo se derrumbó a sus pies. No tuvo tiempo de pensar en lo ocurrido. Agarrando el báculo con fuerza, dibujó un círculo en el aire, donde varios enemigos corrían hacia ella. El círculo se materializó en una enorme moneda de luz gigante y ella la impulsó con un gesto. La enorme moneda salió disparada al encuentro del grupillo que se acercaba, y estalló junto a todos nada más tocar al primero.

Sin poder saborear aquella pequeña victoria, notó cómo algo punzante perforaba su hombro. La fuerza de la saeta la hizo desequilibrarse, pero no por ello soltó el báculo. Hincó de nuevo una rodilla, esta vez forzada por el dolor. Tratando de concentrarse, continuó lanzando rápidos relámpagos al enemigo. Entonces, como surgido de la nada, un hombre dio un inmenso salto hacia ella blandiendo algo brillante. Automáticamente, detuvo el golpe. Lo que ella no esperaba era que el arma enemiga reluciera y el báculo se partiera en dos. Se separó de su enemigo rodando hacia atrás y se puso de nuevo de pie, apretando los dientes por el dolor.

El bárbaro no era muy voluminoso, pero llevaba una enorme porra que relucía en azul. Un arma encantada. Ella desenvainó su espada, rápida como el viento, y trató de hacerle un tajo en la cara. El hombre se echó hacia atrás, esquivando el golpe, y girando sobre sus propios talones le asestó un fuerte porrazo. Tan pronto como detuvo el golpe con su espada, esta estalló, y ella se cayó al suelo de espaldas por la fuerza del estallido. El bárbaro alzaba su porra para rematarla cuando un enorme proyectil brillante impactó en sus costillas con violencia, barriéndole varios metros hacia su derecha.

Respiró aliviada mientras veía cómo el cuerpo sin vida aterrizaba lejos de ella. El objeto brillante que le había derribado se desclavó de él y volvió volando rápidamente por donde había venido, permitiéndole reconocer el objeto como un hacha de un rojo brillante. No le sorprendió ver cómo el hacha volvía a la mano de su dueño.

Ajast el Bárbaro, una vez tuvo el arma de nuevo en su poder, la miró por un momento fijamente y se giró para continuar la batalla. Dhú le contempló por un instante. Había llegado en el momento exacto, como un salvador, con aquella reluciente armadura dorada y esa capa verde esmeralda ondeando a sus espaldas.

Fue entonces cuando lo vio. Uno de los enemigos corría hacia él con un hacha sobre su cabeza. Ajast estaba de espaldas, no le vería. Trató de gritar, pero su garganta no le respondía. A pesar de que Dhú se hubiera quedado paralizada, el cuerpo de Úrsula reaccionó rápidamente. Con un gran salto que hizo que la herida de la saeta se desgarrara por completo, llegó adonde había acabado la mitad superior de su báculo. Con avidez, dirigió la punta dorada, cuyo fulgor púrpura ahora parpadeaba, hacia el hombre. Dhú hubiera disparado en ese mismo instante. El cuerpo de Úrsula esperó el momento. Tan pronto como el hombre estuvo en línea recta con el báculo, disparó.

La luz del báculo brilló. Un fogonazo púrpura recorrió todo el báculo desde arriba... y salió en forma de centella por su final, donde estaba quebrado, dándola de lleno en la cadera.

Los oídos de Dhú ya no oyeron la explosión. Lo que sí vieron sus ojos fue una pierna mutilada por completo, armada con una coraza verde, pasar por encima de su cabeza.



A partir de ese momento, los recuerdos que Dhú revivía eran mucho más efímeros y confusos. Tras aquella batalla, había aparecido junto a un sanador elfo que le explicaba algo sobre el éxito de la reconstrucción de sus piernas y le advertía que no podría volver a correr. Luego, apareció en más batallas, aunque ninguna tan sufrida como la primera. En estas que vinieron a continuación, los grandes saltos se habían acabado por completo para ella.

Tras varias batallas apareció en una sala llena de gente. Ese recuerdo fue más nítido que las batallas anteriores. Dhú pasó una fría mirada por la habitación. Por lo que extrajo de la conversación con uno de sus subordinados, ella había sido ascendida a comisario para resolver el entuerto del asesinato del rey Leonard el Justo. Hacía ya

tres días desde que la noche sangrienta se había llevado las vidas del monarca y su familia.

Todos los especialistas se desplegaron por la habitación, recogiendo objetos de todo tipo. Mientras los magos realizaban análisis mágicos sobre algunos muebles, esperando una reacción determinada, los alquimistas utilizaban sus ungüentos para catalogar las quemaduras y la sangre. La bruja, vestida con botas negras altas y un estilizado vestido negro ceñido al cuerpo, se echó su rizada cabellera negra hacia atrás. Los especialistas ya habían desentrañado la mayor parte de los hechos. Ahora su trabajo consistía en obtener la información más detallada posible para que la interpretasen en Migdala, y el suceso pasase a la historia con la mayor exactitud posible.

El cuerpo de la reina había sido encontrado sobre la cama con señas de haber sufrido un fuerte hechizo vinculatorio que le había carbonizado parte del estómago al consumirla. Magia negra, según aseguraron los expertos. El rey había sido hallado tirado en el suelo, bajo un gran cúmulo de objetos que, en algún momento, habían volado violentamente por la estancia. Tenía una fea quemadura mortal en el pecho, y su cuerpo estaba rígido por completo. Más magia negra, aseguraron los expertos. El heredero había desaparecido, pero, por el estado en el que se encontraba la cuna, se dio por sentada de inmediato su muerte. Su cuerpo habría sido utilizado para algún sortilegio de magia negra, insistían los expertos. Ella se reía para sí de los expertos. ¿De verdad creían que la sangre real de un príncipe recién nacido, que además era el heredero al trono, iba a ser muy diferente de la de un becerro esquizofrénico? Ineptos. Creían que lo sabían todo, cuando en muchas ocasiones no conocían ni la mitad de las cosas que deberían, dejando correr su imaginación para explicar lo que fuera necesario sobre ellas, dándoselas de sabios.

Dhú se sorprendió a sí misma razonando de una manera un tanto diferente. Por lo visto, las reflexiones interiores de Úrsula también comenzaban a tener efecto en ella. Lo peor de todo era que se mostraba completamente de acuerdo con las cavilaciones de la bruja. Como si de verdad comenzaran a ser un único ser.

Ahora que se habían hecho las autopsias de los cuerpos, era el turno de ella y sus muchachos. Su deseo más anhelado en ese momento era el de encontrar alguna prueba que contradijese abiertamente

las divagaciones de los expertos. Les daría una buena lección. De momento, tenía una espada hecha añicos que se encontró entre los restos de los guardianes de piedra; una máscara metálica bien perdidita de sangre; la espada ensangrentada del monarca y un extraño ser rosado que la duquesa de Riadas del Este había reconocido como una mascota del príncipe. La mascota había sido encontrada extrañamente con vida en la habitación, y había sido recogida por los expertos cuando se llevaron los cadáveres. Ahora ella había solicitado la mascota para que les ayudara de alguna manera a seguir el rastro del príncipe. O de lo que quedara de él.

El primer pensamiento de Dhú fue lo interesante que sería estudiar con detenimiento a aquella extraña «mascota». Cuál fue su sorpresa al escuchar la misma reflexión por parte de Úrsula unos instantes después. Dhú empezaba a asustarse. ¿Todo esto era una estratagema para que pensara como ella?



Volvió a tener más recuerdos confusos. Tan solo logró retener en su mente uno de ellos, en el que varias personas hablaban en torno a un fuego por la noche. Recordaba a un hombre mayor, a un mago, a un joven... Sentía una gran lástima por algún motivo. Todo parecía indicar que se trataba de una despedida final. No fue hasta un par de escenas después cuando volvió a tener otro recuerdo nítido.

Los ojos de aquel muchacho relucían su color esmeralda, presididos por sus dos pupilas ovaladas en vertical. Ella estaba sentada en el despacho de la casa de Úrsula, sobre el que había una colección de calaveras de gnomos y cacharros de hierro mucho más extensa y ordenada de como ella las había conocido. Junto al muchacho había una joven de dorados cabellos y un enano de largas barbas negras.

Notaba mucho dolor en su cadera; mucho, mucho dolor. Miró el origen de la molestia. Un dardo. Por algún motivo, algo en su interior le decía que era veneno. Sus minutos estaban contados. Entonces, como un rayo de esperanza, el muchacho se introdujo en su mente, recludiéndola junto a él. Alejándola de la temida muerte.

En ese momento, se vio a sí misma en la sala del principio. Miró desconfiada en todas direcciones. Poco a poco, volvió a andar por la sala hasta que dio con el espejo. Pegó un respingo involuntario. Aquella que le devolvía esta vez la mirada tenía el pelo negro y rizado... pero también una túnica morada y ojos de plata. Acarició su reflejo.

—Soy yo... —inmediatamente, se repudió a sí misma por asombrarse en lugar de alegrarse directamente.

—Sí, Dhú Coverte, eres tú.

La hechicera, que conocía a la perfección aquella voz, se dio la vuelta de sopetón. Ante ella, la contemplaba sonriente aquella a quien ya conocía mejor de lo que nunca hubiera imaginado. Por un momento, instintivamente, Dhú sintió que se trataba nuevamente de uno de sus reflejos. Acto seguido, reaccionó.

—¿Por qué me has hecho todo esto? ¿Por qué?

—No veo que hayas enloquecido... eso es algo bueno, querida.

—¿Les hiciste lo mismo a mis alumnas? —preguntó horrorizada—. ¡Eran muy jóvenes! ¡No estaban preparadas para esto!

—Mi casa, mis reglas. Mayores para escaparse y allanar una morada embrujada, mayores para sufrir una pesadilla.

—Eres... eres cruel. Es casi lo mismo que haberlas matado.

—Somos. Somos crueles, querrás decir. Olvidas por qué no has enloquecido tú.

—¿De qué hablas? ¿Crees que debería estar loca?

—Sí. Y no lo estás por un motivo —Úrsula echó su larga cabellera hacia atrás para dar énfasis a sus palabras—: Porque tú y yo somos iguales.

—¡No! Eso no es así.

—Sí, es así... de un modo u otro, siempre habrías actuado como lo hice yo. Puedo leer tus pensamientos.

—Si eso fuera cierto... yo, entre otras cosas, no me habría liado con ese bárbaro.

—¿Eso crees?

Dhú vaciló por un instante. Un instante que Úrsula interpretó rápidamente, y la cortó con una carcajada.

—Eres la que he estado buscando hasta ahora... Esperaba a alguien más joven; pero me sirves. He tenido que enloquecer a trece

incautas para ello, no está mal. A veces pensaba que nunca llegaría la adecuada.

—¿La que buscabas? ¿Qué insinúas?

—Insinúo que mi alma quedó ligada a mi varita por algún motivo. Insinúo que no quiero quedarme aquí vagando para el resto de la eternidad. Insinúo que busco a la persona ideal para viajar con ella, para disfrutar como si de nuevo estuviera viva.

—¿Me darás tu varita...? ¿La varita de plata?

—Exacto.

—¿Y qué pides a cambio? —desconfió rápidamente la hechicera.

—Nada. Tan solo una vida emocionante para vivir. Aventuras. Ver el mundo de nuevo. Será como volver a estar viva...

—¿Y por qué yo?

—Eres cabezota, querida, bastante cabezota. ¿No lo has entendido? Tú actúas como lo haría yo ante cualquier situación. Seré la primera en vivir una segunda vida en tercera persona... Tú, que quieres esa varita de plata lo suficiente como para colarte en mi casa, seguro que aceptarás esa condición, ¿trato hecho?

—...Sí —sonrió con malicia Dhú.

—Antes de nada —la hechicera dejó de sonreír, no le gustaban nada las condiciones adyacentes—, una última prueba. Imagina lo siguiente: el chico de los ojos esmeralda te mantiene viva todo el rato que permanezcas en tu mente, ¿qué harías?

—¿Me estás preguntando que si le retendría para vivir eternamente?

—Sí.

—No.

Hubo un momento de silencio en el que ambas mujeres se miraban directamente a los ojos. Al rato, Dhú añadió algo.

—Pero le pediría algo a cambio.

Úrsula sonrió.

—¿Qué?

—No lo sé...

—Sé sincera.

—Te digo que no lo sé.

—Esto no va a funcionar así.

—Me temo que aquí disintiremos.

—Vamos, dilo ya, ¿qué le pedirías?

—Supongo que si fuera a morir solo querría una cosa antes.

—¿El qué?

—...Un último beso.

Úrsula se rio, esta vez con una gran carcajada. Dhú se arrepintió en cuanto lo hubo dicho. ¿Cómo se le había ocurrido sincerarse de aquella manera? Desde luego, parecía una cría. No solo no conseguiría la varita, sino que había logrado que un fantasma se riera de ella.

—Muy bien, Dhú... —Úrsula dejó de reír bruscamente y la miró son intensidad—. Mucho me temo que tú y yo seremos grandes amigas.

Tras decir eso, volvió a reírse descontroladamente, y todo empezó a volverse oscuro alrededor de Dhú Coverte.